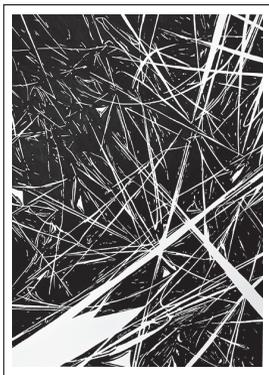


punto
de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO

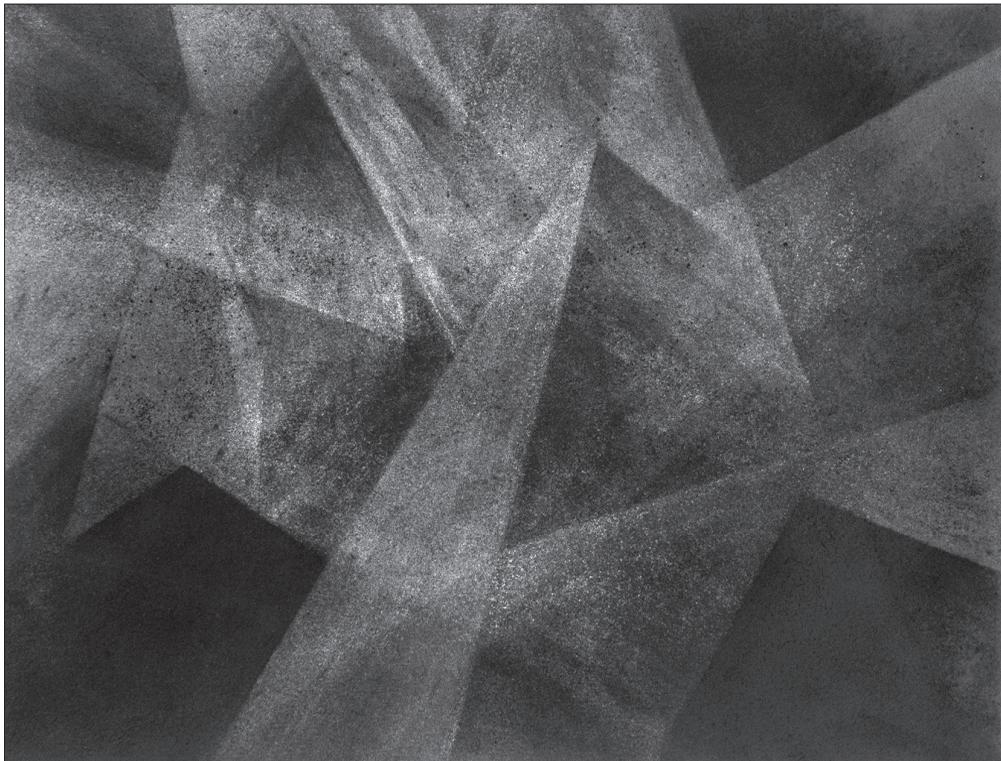


Javier Peláez (Ciudad de México, 1976). Es artista visual, enfocado principalmente en la pintura y el dibujo. Se formó como arquitecto en la Universidad La Salle, posteriormente decidió iniciar su carrera como artista de manera autodidacta. Entre 2012 y 2015 fue codirector de la plataforma independiente Diagrama (en la Ciudad de México), dedicada a presentar pintura contemporánea. En 2016 obtuvo una residencia en Vermont Studio Center (Estados Unidos) y en 2017 fue residente en Casa NaNo, (Tokyo, Japón). Ha participado en la XVI Bienal Tamayo, en la Bienal Miradas de la Fundación Codet, en su sexta edición, y en la primera edición de Bastidores. Su trabajo ha sido expuesto de manera individual y colectiva en diversas ferias, subastas y exposiciones en Alemania, Estados Unidos, Colombia, Costa Rica, Panamá y México, y publicado en medios como *Fahrenheit* y *Art in America*. Recientemente formó parte del libro *Pintura: México* (vol. I, Sicomoro Ediciones, 2017).

En esta página: *D.P. #2*, tinta/papel, 75 × 50 cm, 2012.



PORTADA: *High and dry*, díptico, polvo de carbón/MDF, 40 × 30 cm c/u, 2015



CONTRAPORTADA: *Sin título*, polvo de carbón/papel, 29.5 × 40 cm, 2017

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	
Nunca más / Gustavo Ogarrio	8
Poemas / Aurelia Cortés Peyron	13
Poemas / Ismael Murillo	19
Poemas / Julia Piastro	25
TALLERES DE LITERATURA UNAM	
Deuda cobrada / Francisco Fernández	34
Terremoto / Raúl Solís	38
reCuerpo / Abril Ramírez Sánchez	43
La herencia de la muerte / Karla Fernanda Páez Vázquez	47
Hombre al vuelo / Andrea García	48
El galeón / Jared L. Morales	50
Micaela / Araceli Amador Vázquez	53
Mar y Bella / Citlalli Mendoza Rivera	54
LA CRÓNICA COMO ANTÍDOTO	
Vivir sin un peso. Ejercer el ocio gratuito en el Centro	
Histórico y alrededores / Leonardo Tabares Suárez	58
Aprendiz de barista / Xóchitl Rivera Beltrán	65
Xochimilco es un lago de fuego / Héctor Ríos González	69
EL RESEÑARIO	
Suiseki / Christian Barragán	73
Nuevos cronistas de Indias / Esteban Contreras Vázquez	77

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
Rector

Jorge Volpi Escalante
Coordinador de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 207, enero-febrero 2018
Fundada en 1966

Edición: Carmina Estrada
Redacción: Luis Paniagua
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: Marfa Luisa Passarge
Ilustración de este número: Javier Peláez
Impresión en offset: Offset Rebosán S.A. de C.V.
Av. Acueducto 115, Col. Huipulco Tlalpan
Ciudad de México, 14370

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.
Tel.: 56 22 62 01
Fax: 56 22 62 43
correo electrónico: puntoenlinea@gmail.com
www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos,
forros en cartulina Loop Antique Vellum de 216 gramos.

La Dirección de Literatura de la UNAM, que publica esta revista, coordina un programa de talleres de creación literaria en distintos planteles de bachillerato y licenciatura de la Universidad, herederos de aquellos que desde fines de los años sesenta y en la década del setenta impulsaron Margo Glantz y Eugenia Revueltas como parte del proyecto *Punto de partida* —son ya legendarios los impartidos por Miguel Donoso Pareja y Juan Bañuelos en Ciudad Universitaria—. Estos talleres constituyen un esfuerzo formativo para apoyar y encauzar el interés de jóvenes universitarios que, bajo la tutela de un sólido grupo de maestros y con la dinámica de continuidad que implican, pueden —o no— reafirmar una vocación por la literatura.

Punto de partida presenta una selección de textos producidos en estos grupos, a manera de incentivo y promoción del trabajo de los participantes y de sus maestros. De los ocho estudiantes incluidos en este *dossier*, y en correspondencia con su grado académico, unos empiezan a escribir y otros ya tienen un cierto camino andado. Los más jóvenes, alumnos de bachillerato —Jared L. Morales, Araceli Amador y Citlalli Mendoza—, abordan la minificción con énfasis en la búsqueda del cierre sorpresivo, a excepción de Abril Ramírez, quien se decide por el ejercicio analítico del ensayo. Por su parte, Karla Páez y Andrea García, de la FES Iztacala y la Facultad de Derecho respectivamente, participan en esta muestra con sendos poemas; mientras que Francisco Fernández y Raúl Solís, del taller de creación impartido en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, presentan cuentos. En el caso del segundo autor, su texto puede considerarse un claro ejemplo de hibridación entre el periodismo y la ficción. Para cerrar el círculo —o abrirlo— incluimos en *Del Árbol Genealógico* un conjunto de prosas del narrador, poeta y ensayista michoacano Gustavo Ogarrio, quien además se desempeña como profesor de Literatura en la Facultad de Filosofía y Letras de esta institución.

Al margen del *dossier*, el número presenta la colaboración de tres poetas que perfilan ya una carrera sobresaliente: Aurelia Cortés Peyron articula distintos discursos en seis poemas que forman parte de su proyecto como becaria del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes; Julia Piastro comparte tres piezas en que la voz poética recrea con precisión su tránsito por una zona de la Ciudad de México, y el costarricense Ismael Murillo aborda la enfermedad y el dolor en una serie de prosas. Además, publicamos a los ganadores del concurso *La crónica como antídoto / Las dimensiones del ocio*, convocado por el Centro Cultural Universitario Tlatelolco y las direcciones de Literatura y Fomento Editorial de la UNAM: Leonardo Tabares, con una plena reivindicación de la vida al margen de la sociedad de consumo en su crónica “Vivir sin un peso”; Xóchitl Rivera, que narra el día a día de una barista en una secuencia de viñetas entrañables, y Héctor Ríos, quien conduce al lector en un recorrido periodístico por los canales del único remanente de la otrora lacustre Tenochtitlán: Xochimilco.

Mención especial merece el portafolios del artista visual Javier Peláez que discurre por las páginas de esta edición. Se trata, en su mayoría, de un conjunto de tintas realizadas a manera de tarjetas postales que forman parte de su serie *Sombras de Tokyo*, producida como resultado de una residencia artística en Japón el año pasado. A propósito de este trabajo, incluimos en *El Reseñario* un texto del curador Christian Barragán estructurado en un formato que se corresponde formal y conceptualmente con la serie gráfica de Peláez.

Para finalizar este comentario, reiteramos la invitación a nuestros lectores a participar en el concurso literario y gráfico de *Punto de partida*, cuyas bases pueden consultarse en <www.puntodepartida.unam.mx>, y que cierra el próximo 12 de marzo. 📍

Carmina Estrada

Nunca más

Gustavo Ogarrio

Nunca más

A la memoria de Miguel Enríquez, a doce años del nunca más

Y detrás de sus pasos se fueron abriendo, lentamente, en el cálculo imperceptible de lo que se esfuma para siempre, las fauces absolutas del olvido. Un follaje amargo de oso hormiguero, el enroscarse de la serpiente muda que transmite la prolongación alucinada de los que se fueron, la tumba de algodón de una vieja tía de Tampico y las precipitaciones de la materia sobre el vacío. Estamos hablando de la ternura insolente del nunca más. Nunca más el micrófono como moscardón de palabras y números y risas y el viejo Muddy Waters que se disuelve en el cuenco de la lengua. Nunca más vamos a transmitir para todos ustedes esta glotonería de salivas que avanzan como ejércitos de ultramar hacia el continente inverosímil de la noche. Nunca más el control remoto desde las inmediaciones del zoológico de fantasías acuáticas que ya es también la materia prima de lamentos como el de Johnny Lee Hooker o acrobacias a cinco dedos como esa Layla de Eric Clapton o cosas tan tristes como el gran Thelonious Monk y ese piano que es más piano cuando brota de su traje de libélulas en blanco y negro algo así como “Round Midnight” y el no me olvides que se aferra a las partículas elementales de la vida.

Parece una tontería, pero nunca más elevaremos nuestros niveles de veneno en la sangre como en aquellas tardes de viernes en las que el trono de la eternidad lo ocupaban mujeres fatales que desperdiciaban sus mejores sonrisas en canciones recién aprendidas de José Alfredo Jiménez o de Juan Gabriel. También es probable que hayamos sucumbido lentamente ante las navajas de la infancia y que nuestros espectros de caramelo macizo se estén retirando ya de la batalla bajo las leyes del contrabajo de Charles Mingus, por ejemplo.

Hambre

Está de moda el hambre. Está de moda hablar de ella para limpiarla un poco y dejarla presentable y así nombrarla oficial del ejército benefactor de occidente y entonces

emprender una cruzada para adorarla y maldecirla y colocarla en la mesa como un bocado de ausencia y de vacío y de hielo en las entrañas y de millones de ojos que miran desde estos campos de concentración adornados con la sonrisa de Dios y volver por ella como a quien se le olvida el saco en una fiesta y hacerla menos amarga y romperla por fuera y rezar para que perdure y que ni se le ocurra dejarnos sin estos ensayos de humanidad y sin el amor abstracto por el prójimo.

Toda el hambre acumulada gira desnuda para que la vean en su esplendor de huesos y de dientes caídos y de sonrisas infantiles altruistas para nobles campañas mundiales que no son más que la pura armonía de su destino antisolar y anticlimático y para que no se les olvide a estos hijos de la revolución francesa que hambre no mata hambre; somos antropófagos consumados y hace tiempo ya que los ovnis dejaron de perseguirnos y que nuestras alucinaciones son como caballos de luz en la desolación del bocado fantasma. Los héroes de la pantalla la nombran, los perros de la calle la vigilan.

Tibieza de pájaro disminuido por un odio negro y verde que sale de todos los caminos y que llega a todos los cilindros de gas y a las estufas para asegurarnos que no hay ningún suicidio colectivo y que podemos continuar en calma con el destino de terodáctilo invencible que alguna vez emprendimos. Hambre sin transmisión en vivo y en directo y sin ternura que pueda desgarrar este fulgor de camposanto y que más bien prepara la noche para su doble oscuridad; como ese buitres que incansable trabaja desde hace siglos para contradecir todos los sueños de la especie.

Metales preciosos

Entonces agachó levemente la cabeza; ya iba envuelto en una sonrisa casi macabra, en el río de tinieblas y luces que estaba a punto de salir de su boca, en el silencio abombado previo al sonido del clarinete o en el hilo delgado de una finísima lluvia en el oído izquierdo o en el recuerdo de su abuela cantando canciones de la revolución en una entrañable distorsión de gritos en medio de la sala de muebles con ailerones verdes y en la que se anegaba su silla de ruedas poco antes de morir, o en el oso de peluche de la hija, destrozado tiernamente hace siglos por las fauces de algún

cachorro, o en el ojo de vidrio de su tío que miraba a la nada todas las tardes en el puerto de Tampico.

Todavía elevó un poco los párpados hacia nosotros, pero ya no podía mirarnos porque estaba en plena preparación de ese insólito acto de estar vivo y decirnos algo que apenas recuerdo así: “Soy Caruso y Jack Dempsey y Joe Luis, el hijo desalmado de una madre a la que le gustaba regar los jardines por la noche. Yo también lo tuve todo ciertas madrugadas y créanme que tampoco es gran cosa. Pero algo sí puedo decirles; escúchenme bien, como si yo fuera un viejo marino que apesta al azufre de Bengala y ustedes unas doncellas desquiciadas por todas las promesas humanitarias: no se aparten de los que dicen y les hacen decir palabras imposibles... de las mujeres que les arrancarán para siempre esa miseria que ignoran de ustedes mismos, aunque por fuera sigan siendo unos miserables; de los hombres que sacan hermosos tigres de las piedras, de los que hacen brotar ciudades enteras, horrendas y diamantinas, de su propia destrucción. No se aparten de todo esto: algo de ese esplendor trágico les pertenece, reclamen en su lenta fundición de metales preciosos todas las vidas que nunca serán nuestras”.

Helena

Te escribo como quien se prepara para el encuentro con la materia que sacaré de sus entrañas cinco millones de años de una especie que desayuna caballos de azúcar para olvidar que algún día fue mar y vía láctea y un sol que como dios herido manchaba los sueños de los crucificados. Te escribo, Helena, porque del recuerdo de tus ojos en precipicio se multiplican los países de los que seremos también resta y suma, ceniza volcánica, pájaros de obsidiana que ven caer el mundo en el abismo de las palabras sin crepúsculo. Helena que avanzas en el sueño de un tren en Morelia y que llevas noticias urgentes al barrio de Gracia para que los pájaros de tu boca mediterránea borren algo de esta ruina que se va formando con el chocolate batido en los labios y con el pimienta en rodajas perfectas que se encebollan por la mañana y que retan a ese ajo que no se está quieto en las arenas movedizas del pan de caja. Yo sólo te pido, Helena, que tus sonrisas épicas me concedan por fin la muerte verdadera, que tus besos que cambian la vida acaben conmigo, que destruyan las tristes utopías que todavía hay en mí y que me dejen oscuro en la cueva susurrante de lo definitivo. Y que todas las estrellas de playa y que todos los lunares encendidos y que todas las bocas que fuimos, estallen de una vez y para siempre como el esplendor de los estropeados que trafican con sus pesadillas que son también la médula ósea del olvido. Helena, en tu nombre se distraen los siglos que nunca serán nuestros y la belleza que te tiene prisionera canta ya su melodía de cicatrices futuras. Helena, te dejo en tu nariz de gorrion congelado estos días magníficos en los que el miedo se fue llorando con su disfraz de veladora por la puerta conventual de Tzintzuntzan.

Marzo

Mientras se instalan en mí los termómetros de marzo me imagino cuánto debe doler acostumbrarse a la alegría, todos los caminos que se deben transitar para no quedarse en las risas acuáticas del verano, en los abrazos emplumados del otoño, en el crepúsculo del invierno que cristaliza vergonzosas noches en las que el frío es un simple desvanecerse. Mientras pasa la primavera y su electricidad de mariposa perfumada, su sonrisa de fotosíntesis giratoria que también es este vómito de sol y de viento y de tristezas rotas, yo me disfrazo de reptil insolvente y de nube sin escrúpulos y de gardenia feroz y de Hombre Araña y de palmera cósmica y de torbellino escolar y de conejo con las orejas caídas y me derrocho en el carnaval de las máscaras como un animal sagrado y voy nombrando todo el dolor que me produce esta alegría.

Y así me duermo otra vez con mis semejantes para reproducirme y engañar a la muerte y escribir un verso de Neruda en todas las primaveras de todos los muros afrutados y desnudos de Salamanca: “Quiero hacer contigo / lo que la primavera hace con los cerezos”. Entonces, la primavera deja de zumbear por los corredores de marzo y se acuesta como virgen inmutable en el lomo caliente de abril y de mayo y de junio; con su canto de moribunda alegría rompe los tímpanos del infierno y otra vez nos engaña con la vida siniestra de las risas y el pasto renaciendo y los cerezos como deseos que se pudren en la espera.

Sin embargo, para cuando termina mayo y la primavera va extendiendo sus alas gigantes de murciélago lluvioso, yo ya me he despertado de esta añagaza para recalcar otra vez en la lengua de los estropeados. Tengo que admitir que soy un perro exánime, de pocas dichas; una bestia de finos colmillos que no deja de mirar a la Luna para cazar a su búho hermafrodita. No obstante, desde el más impenetrable de mis deseos, cada año espero, con el ardor de mis siete sentidos y mi aliento de cueva marina, el volumen prehistórico de la primavera y la turgencia solar de marzo. 

Gustavo Ogarrio (Ciudad de México, 1970). Narrador y ensayista; latinoamericanista y profesor de Literatura en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y de Historia de América Latina en el Instituto Mora. Colaborador de *La Jornada Semanal* y de *Luwina*, entre otras publicaciones. Ganó el XXXIV Concurso Latinoamericano de Cuento Edmundo Valadés (2005), el XXII Premio Nacional de Cuento Fantástico y de Ciencia Ficción (2006), y el Premio “Letras Muertas” Cuarto Concurso Universitario de Cuento sobre la Muerte (UNAM, 2004). Además, ganó la quinta edición del Concurso de Crónica Urbana Salvador Novo (2006) con el libro *La mirada de los estropeados* (FCE, 2010). Ha publicado también los libros *Épicas menores* (UNAM-Eón, 2011), *Breve historia de la transición y el olvido* (CIALC-UNAM, 2013) y *Bajo la misma noche. Ensayos políticos sobre literatura latinoamericana* (UNAM, 2014). Su libro de cuentos *Nunca seremos poetas* aparecerá próximamente bajo el sello de la Dirección de Literatura de la UNAM.



Poemas*

Aurelia Cortés Peyron

*

*Célula de calcio,
eres coral,
lo más sólido
de lo invisible*

por ejemplo:
primero los anillos de Saturno
eran polvo nómada
atomizado

por ejemplo:
los vectores que reconstruyen
pómulos, ángulos, quijadas,
una trigonometría
del rostro de la momia,
del sudario
del salvador,
de la primera mujer;
el dibujo forense
que inventa la curva de las pestañas:
cara oval
tez trigueña
ojos cafés.

Me da miedo saber más de mis huesos

* Proyecto apoyado por
el Fondo Nacional para la
Cultura y las Artes.

*

A veces quisiera ser cacto,
ser un pozo por dentro.
A veces preferiría dar sólo espinas,
flores esporádicas para murciélagos,
quedarme con mi humedad cerrada,
tener vida para rato.

*antes los cactus eran
fauna de agua*

Sobrevivir. Tener la misma sombra, a la misma hora, todos los días.
Medir lo mismo que mi raíz. Tener una sola profundidad.

A veces, desprenderme
como los cardos que dejan
la raíz para ser esfera.

*

No desperté: despierto.

*Estrella, eres tormenta eléctrica y cableado,
miel y hoguera, fluorescencia;
dendrita: eres puerta,
palabra, concatenación, película velada,
pedernal o flecha
que me sangra.*

Los tejidos de mi cuerpo
se diferencian febrilmente,
la casa se edifica poco a poco,
la casa hecha a lápiz
treinta años atrás
en el plano del arquitecto
pone un pie en la tierra,
con sus paredes de cal,
su arcilla rojiza.

*

Al final no queda de nosotros
la fibra de la biznaga
ni la pulpa es acitrón,
no quedan los castillos, las varillas
de los nopales erguidos,
no nos secamos como calabazas
o zacates donde las semillas dejan su túnel:
nos llega la muerte hasta que nos llega a los huesos,
la luz se va por partes
en nuestro edificio
conforme se van fundiendo los fusibles.

*

Era el dolor de muelas, era el contraste agudo de la ropa deportiva de los corredores a las 6 a.m., eran todos los pasos a seguir siempre en el mismo orden (llaves pausa bisagra etc.).

Eran sus gritos en la parte más baja del domingo.

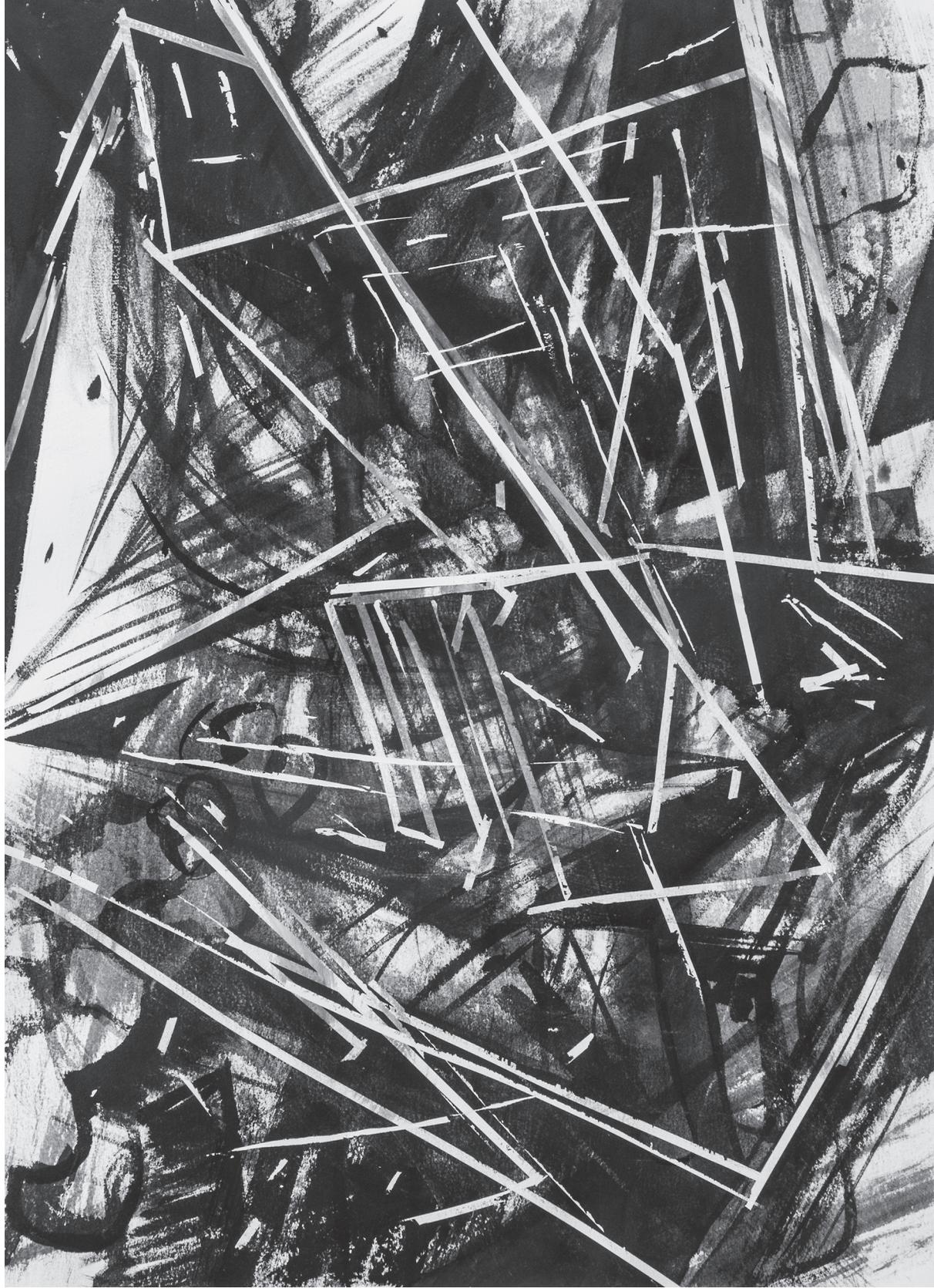
Las palomas en su mórbido repetirse a cualquier hora, el sonido hueco de uñas postizas con circonias suspendidas en resina, y ese gesto repetido en todas las caras: por qué no ocultan sus volúmenes grotescos por qué esas bocas no contienen bien sus dientes por qué sus párpados revelan la obscenidad esférica de un ojo vacante.

Por qué el cielo parece resonado con cemento.

*

La piel no cubre, emerge:
¿has visto cómo se incrustan
las semillas en la carne de las fresas,
cómo modula sus rombos
el volumen que asciende y desciende,
el trompo
de su planeta lento y deforme?
Así se acomodan también los poros,
y las arrugas, sus espinas
sobre la carne que no vemos
y los huesos que se encaraman debajo.

Sin título, tinta/papel, 72 x 53 cm, 2017



*

No estoy segura de que al interior del cuerpo
esté autocontenido el macrocosmos.
Pienso en la inflorescencia morada
de un órgano que no existe.
Pienso en ordenar todo por colores,
pero es una gama muy corta.

Quería sacarme de dentro
todo lo que fuera ocre o verde;
todo lo que tuviera mezcla de amarillo
me parecía insalubre,
sentía que me oxidaba por dentro,
que me cubría la pelusa del moho,
sentía la herrumbre hacerse densa.
Luego pensé en llegar a lo blanco
de la grasa y los tendones y al final el hueso,
limarlos, inventariarlos,
ordenar en pares y nones,
por forma y tamaño.
Blanquearlos después
en una cubeta de cloro.

Pero el rojo estaba allí cuando cerraba los párpados.

Aurelia Cortés Peyron (Ciudad de México, 1986). Es poeta y traductora. Estudió la licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM y la maestría en Creative Writing en San Francisco State University. Fue becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas y del programa Jóvenes Creadores del Fonca.

Poemas

Ismael Murillo

Buck/8mm

A Jonas Mekas

1

No me interesa la poesía. Necesitamos bolsas plásticas, necesitamos comprar cereal y una excusa para salir de casa. Estoy frente al televisor, estoy frente al Cristo que cuelga en la cocina, estoy en el jardín: sentado, las manos en la tierra y el cuerpo inmóvil. Espero en la recepción con mi expediente en los regazos. Revistas *Perfil*, el cuerpo de mi hermana en el techo, el carné del videoclub: heladeras gigantes, la capacidad de intercambiar gestos o perder el tiempo recreando el capítulo en el que muere tu esposo. Pienso que lo más fácil es decir lo siento o cambiar de conversación, hablar de películas o contar el tiempo que llevamos sin hablar; permanezco inmóvil, escucho mi nombre, escucho a mi madre parir, escucho a los doctores sobre mi cuerpo: gimen, fuman, escucho la televisión encendida desde mi habitación. No recuerdo más. Salgo del edificio y camino hacia la estación del subte. Enciendo un cigarrillo, la boca seca, la radio encendida; permitir no es obedecer, es encontrar una excusa para renunciar y asumir una posición de testigo, privilegiada cuando te sentás en la cama para arrepentirte de haber salido de casa. Dejo pasar un tren, es hora pico: chicas con plataformas y madres. Escucho la cafetera, el agua filtrarse, pienso en Sergio y me pregunta cuál es la mejor manera de amanecer con alguien sin parecer una pareja, entonces siento ganas de cagarlo a trompadas y le digo no sé, amaneciendo cada uno en un extremo de la cama, supongo, pero me ignora y sigue hablando solo, lo escucho decir que quiere dejar de tomar o tomar menos, me doy vuelta buscando la salida.

De la serie *Sombras de Tokyo*, Ma #12, tinta/papel, 15 x 10 cm, 2017



2

Mamá cierra los ojos, mis venas se infaman, se expanden, me dice: —pienso que si vas a pasar toda tu vida escribiendo, deberías de mudarte o cambiar de puerta, una que si cierre y mantenga a los paramédicos afuera. Entonces me sujeta los hombros, me dice vamos, le digo perdón y le digo perdón a la enfermera y la escucho decirme que no me saque el tubo, que sabe que me molesta, que sabe que me lastima, que no me lo quite; por favor, me dice, pero me levanto y pienso que fue fácil mentir, quizás demasiado fácil y empiezo a dudar, decir que estoy mejor, que ya no pienso en eso, que quiero trabajar, tener hijos y escucharlos dormir al otro lado de la pared. Supongo que lo que siento es lealtad. El doctor abre la puerta y me dice al oído que esto es inapropiado. Le doy la mano, tiene mano de doctor: precisa, limpia, peluda. Siento asco, me siento demasiado acompañado. Creo que había pasado la mayor parte del tiempo pensando en mí ante los demás, en mis gestos, en la ciudad como espacio de muerte.

3

Entiendo que no tengo nada que decir. Es mi generación y decido callarme: hoy por ejemplo te despertás en tu habitación de adolescente y decidís terminar el Foster Wallace que nadie termina. Tus viejos y tu hermana desayunan en la misma mesa que usaste para presumir historias de vampiros y chicos especiales sin ninguna habilidad, como nosotros, como Mowgli, Nadja y su madre, que edita para pagar facturas, videojuegos y compilados de historia medieval. Es lo que pasa cuando crecés: una casa sana es una casa llena de muebles; lo importante es llegar a fin de mes. Permanecer es padecer, si estoy aquí no es porque quiero, la enfermedad siempre es más fuerte, necesitás permiso y por eso buscás conflicto. A esta idea de la función salvadora de la poesía hay que ponerle sus límites. Cierro la puerta del balcón y enciendo el aire, empiezo a buscar fotos de P. J. Harvey para llorar: la remera de “lick my legs”, un cuerpo cada vez más flaco, pastillas acumuladas en los cajones de la cocina y disminuye el apetito; te encuentro solo, escribiendo sin ganas y mordiendo las uñas de una mujer que no encuentra motivos para llamar a emergencias.

No hay mejor excusa para usar un sobretodo

The pills are a mother, but better

Anne Sexton

2:00 am. Confundo a Holly con Peter. Ernesto se acuesta, Ernesto busca trabajo. Lo que hace falta, legitimar un texto consiste en enfermeras inadvertidas, enfermedades falsas, lavados gástricos y ejércitos de incubadoras. Máquinas que alimentan cuerpos que mueren en hijas de taxistas y vendedoras de obra social. Una generación marcada por el terremoto del 91, chicos con problemas motrices, problemas para encomendarse. Flores, ambulancias, latas de jugo de manzana y úteros que se abren: celulares en vibración. Encontré uno de los diarios de Ernesto entre cajas, recibos de obra social y mucha ropa que Casandra descubrió en la bodega de Villa Luzuriaga. La última anotación corresponde a la muerte de la hermana gemela de mi esposa:

3/9/21

El 31/8 nacieron nuestras 2 hijas. Hoy a las 12 hs el día 3 falleció Willen mi hija flesh.

Susuki murió en un accidente de tránsito, Susuki, que me escribe disculpándose por la posibilidad de no volvernos a ver vivos, sale del cuarto; salgo del cuarto para regar las plantas o salgo del cuarto para esperar a que entre el chico del edificio del frente. El departamento vacío, la leche en el pasillo. Rutina llena de referencias y la muerte es lo de menos, lo que me aterra es la cantidad de mierda que se metieron Ernesto y Susuki, toda la mierda que se metería el vecino si naciera donde crecen todos los padres con hijas muertas, promesas de exilio; las enfermeras construyen patrias, los enfermos crecen y se pierden entre discos de culto y personalidades múltiples; no se trata de incluir episodios en asuntos familiares inconclusos: la distancia es la misma: El departamento vacío otra vez, los chicos entran, salen y llenan ceniceros. No tengo una razón para sentirme mal y eso me desespera. Quizás estaría más tranquilo si tuviera un trabajo, la muerte de mi padre me dejó sin argumentos para justificar mi estado, no tengo a nadie a quién alimentar y no tengo sectores de la casa que necesite evadir. Todo se permite, me enferma el olor a la lavandina, eso hago: limpio la casa, vacío los ceniceros, pago los recibos y recibo chicos en casa. Una casa sana llena de muebles.

Djibouti 1991

Quiero un verano diferente. No hay lugar para la cocina heredada; el impulso autodestructivo de sentarme a preparar el almuerzo. Hablamos y te pregunto si seguís fumando, espero que digás sí porque no te interesa hacer otra cosa. Me da miedo apoyar las manos en el escritorio y sentir la receta en mi bolsillo: fideos a las 3:00 am, medir el monoambiente, mantener la boca seca, contracciones, cesáreas. Pregunto si te hace falta pasar la noche cuando estoy bien, estable. La enfermera entra, te dice no hay alarma, el hígado no duele, no hay que olvidar tomar los medicamentos y me mira como si tuviera 5 años. Le agradezco, le digo este verano va a ser diferente, me voy a recuperar, vamos a salir los fines de semana y vos la mirás. Te pregunta tu nombre, decís Freja y tomás la decisión de quedarte sin hablar aunque no haga falta; copiar la realidad no es afirmarla. Tocás mi espalda y me decís no es fácil reconocermé, no a mi edad, no con tantos químicos en los cigarros. Tal vez sea cierto, me hubiese gustado conocerte de niña y hablarte de clínicas de acupuntura, celulares en vibración, folletos antifumado. Me levanto poniéndome la jacket y salgo a la terraza. No quiero ver a nadie, cierro la puerta, me siento en la silla del rincón y pienso en los patios traseros con sábanas colgantes. No deberías salir.

Arthur Cravan, septiembre 1917

[...]for sky stretched between fingers [...]

Branko Miljković

Ya estamos en New Haven. Te inclinás sobre la ventana del Maxikiosko, las manos sobre el vidrio; venís de trabajar 10 horas con un Viceroy azul de 20. Acá todo va bien, el dólar bajó y todavía recibo lo necesario por Moneygram. El taxista me dice dale flaco mientras me mira por el retrovisor y le digo no puedo, a esta hora en Miserere no se puede. Se da vuelta, me toca la pierna y me dice curtite, no es para tanto. No estoy bien, no me puedo bajar, le pago el viaje y le digo llevame de vuelta: Milford, East Haven. Pienso que tal vez debería de encontrar algún hotel, pienso en la ventana del Maxikiosko, las colillas sobre la vereda; si estuvieras acá me dirías dejate de joder, el departamento está vacío, sólo hay un problemita con la llave de paso y el fontanero anda de viaje o algo así. Te digo lo sé y que me gustaría encontrarte en la ciudad, escribirte, decirte estoy de paso, estás más joven, nos vemos en Chacarita y te escucho decir que estás ocupada, estás molesta, que Connecticut no es tan grande, pero no lo hacés, no podés decir nada porque no sabés nada. El taxista arranca el auto. Parque Rivadavia, Primera Junta. Salís a buscar otra cajetilla, me hago el dormido y te escucho bajar por el ascensor. Te molesta salir a esta hora, por eso prefiero no hablar. Acá todo va bien, miro la matrícula del taxista y le pregunto si conoce a Ebo Taylor, quien vino a la ciudad a tocar y se hospeda en el Palace, tal vez lo vio salir en estos días; me mira y me dice flaco no sos de acá, con este tránsito vamos a tardar una banda. Lo sé, acá las distancias son otras, pero no pasa nada. Vos deberías saberlo, acá está todo bien, te escribo para decírtelo, no hace falta preocuparse, estoy bien si los gatos están bien, si pagás las cuentas, si lavás el auto. Te escucho abrir la puerta del *living*, me envuelvo en la sábana y pienso que estás mejor en casa, nunca has estado mejor.

Ismael Murillo (San José, Costa Rica, 1991). Publicó el poemario *Fassbinder y las mujeres conejo* (Antagónica, 2017), al cual pertenecen los poemas publicados en estas páginas.

Poemas

Julia Piastro

Estación de camiones de La Merced

Después de caminar derecho por Moneda
esquivando entre las sombras
puestos oníricos de objetos luminosos
y familias de sonrisas centelleantes
devorando elotes y tamales;
después de mirar de reojo a la Santa Muerte
—y sentir por un momento
que ella también me mira—;
seguir por Emiliano Zapata
volteando de vez en cuando sobre mi hombro,
pues soy güera y llevo una mochila grande;
después de cruzar Circunvalación,
rozando sin querer la falda
de algún travesti que ofrece, coqueta,
sus risas a flor de calle,
llego por fin al Hotel Antas,
un estacionamiento enorme
donde salen los camiones Cristóbal Colón
que llevan a Chiapas.

Me adentro por los carros humeantes
de atole y champurrado,
entre viajeros inquietos y muchachos ojerosos
que anuncian las horas de salida.

El ambiente es cálido y violento,
extremadamente urbano,
íntimamente pueblerino.

Ahí me topo a mi antigua vecina,
viajando sola, como yo.
¡Julia!, me grita con su voz potente
y su cuerpo flaquito.
Me asombra encontrarla
al principio de este viaje
que es, al mismo tiempo, el final de otro.
Podríamos ser parte
de un relato de *Las mil y una noches*
donde los personajes y los caminos
se cruzaran en el momento exacto
y el azar ocultara un orden misterioso.

Vivíamos en el centro,
en un edificio Art Déco
—especie de barco destartado
poblado de historias de vigilantes muertos,
fayuqueros huyendo hacia Acapulco,
y mujeres arrancando la duela del piso por despecho.
Mi departamento daba al patio
donde el hermano exconvicto de mi vecina
hacía ejercicio todas las noches
sin camiseta.
Ella salía en patines y regresaba tarde.
A veces no regresaba.

Adentro del camión
me cuenta sus andanzas;
sus palabras entreveran carreteras
y pueblos donde no hay nada
que hacer salvo tomar.

Yo miro por la ventanilla
a los marchantes de un puesto de calzones
guardando la mercancía en grandes costales,
bajo la luz de la Pastelería Nancy.
Llegan a mí, como un aroma,
poemas que quise escribir
y que se me escaparon:
visiones de mercados laberínticos,
taciturnos salones de baile,
puentes antiguos que resguardan vagabundos.
Me siento ligera, como el paisaje urbano
que empieza a correr tras el vidrio.

Hace algunos años
me encontraba caminando desde el metro Candelaria
hacia el mismo camión, mochila al hombro,
cargada de enseres y dudas,
siguiendo a un muchacho.
Ahora estoy sola, pienso con orgullo,
antes de ponerme los audífonos.

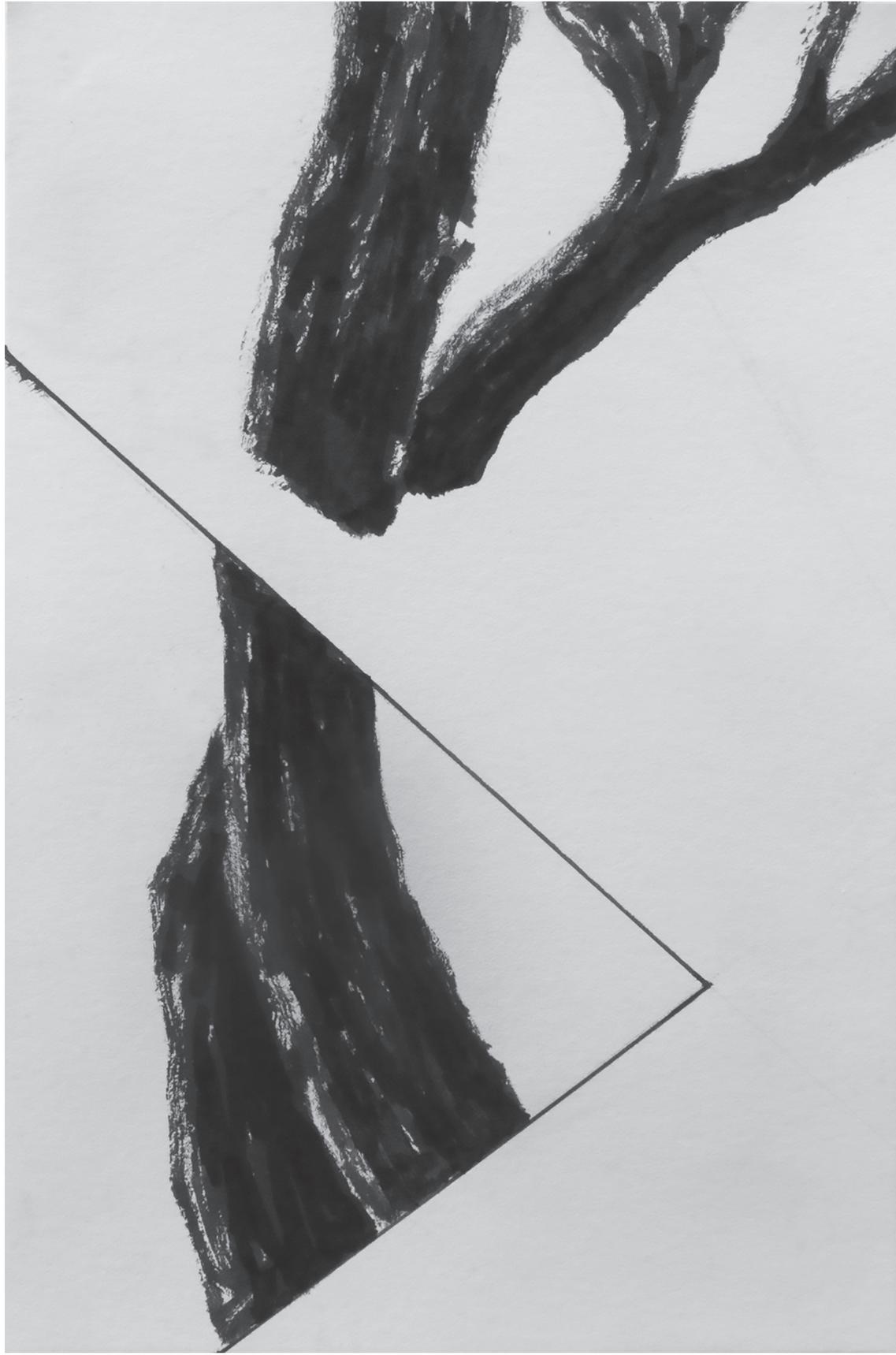
Colonia Juárez

Vivíamos en planta baja.
El cubo de ventilación era también la zotehuela.
Una noche salí,
miré hacia arriba,
hacia el cuadro de cielo enmarcado
por algunas ventanas que seguían iluminadas.
Miré el *boiler*, el fregadero,
la escoba descansando en la pared.
Traté de escribir un poema
sosteniendo al gato en mis brazos.

Ahora regreso a la colonia
y busco tu sombra en las calles.
Todo esto tiene algún sentido:
los niños jugando fútbol;
la muerte, siempre rondando;
aquel departamento húmedo y oscuro.

Tú quisieras explicármelo.
Sin embargo prefiero el silencio,
los ruidos del parque,
mi propia voz
 hablándote bajito.

De la serie *Sombras de Tokyo, Ma #3*, tinta/papel, 15 × 10 cm, 2017



República de Cuba

La calle:

una herida abierta,
pase usted.

La cuadra cercada

con cintas y conos naranjas,
serigrafía Chuki, café y chocolate,
rico tepache litro 20.

El exterior te embriaga,

imprime en tus labios
un sabor dulce
y fermentado.

Quisieras retenerlo todo en un poema:

buche, nana, cachete, nenepil,
quisieras tejer los rayos del sol
con tu propio hilo de voz.

Bolsas de dama,

el desorden de los días
siempre a tiempo,
calidad, seriedad y puntualidad.

Venta y reparación.

En tu interior algo se quiebra,

una especie de silencio
hecho de asfalto;

suenan los taladros
como un reclamo.

Estética Francia,

tal vez buscas un paraíso artificial.

Rebasas de risas

escurren de las cantinas.

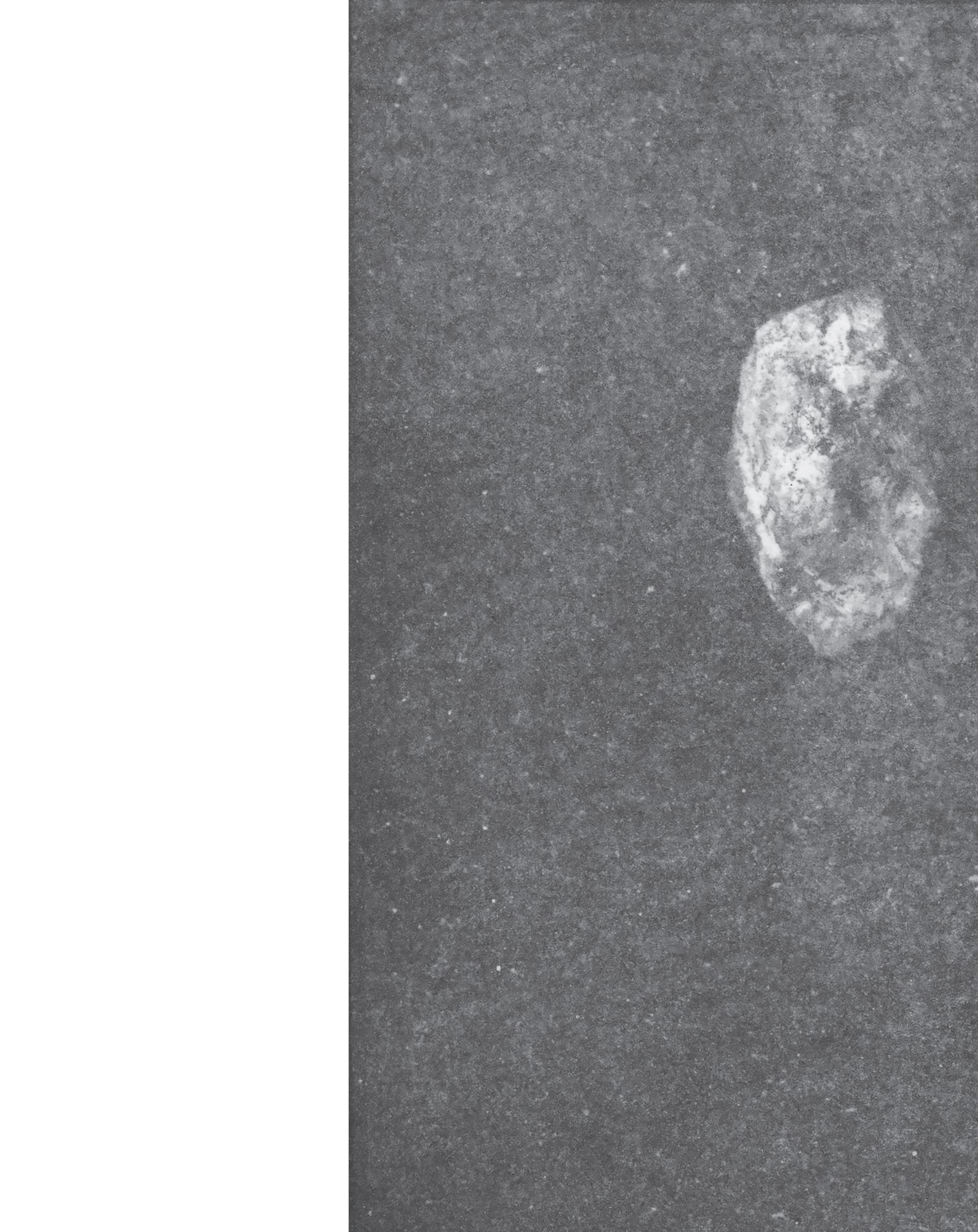
La nostalgia en los ojos

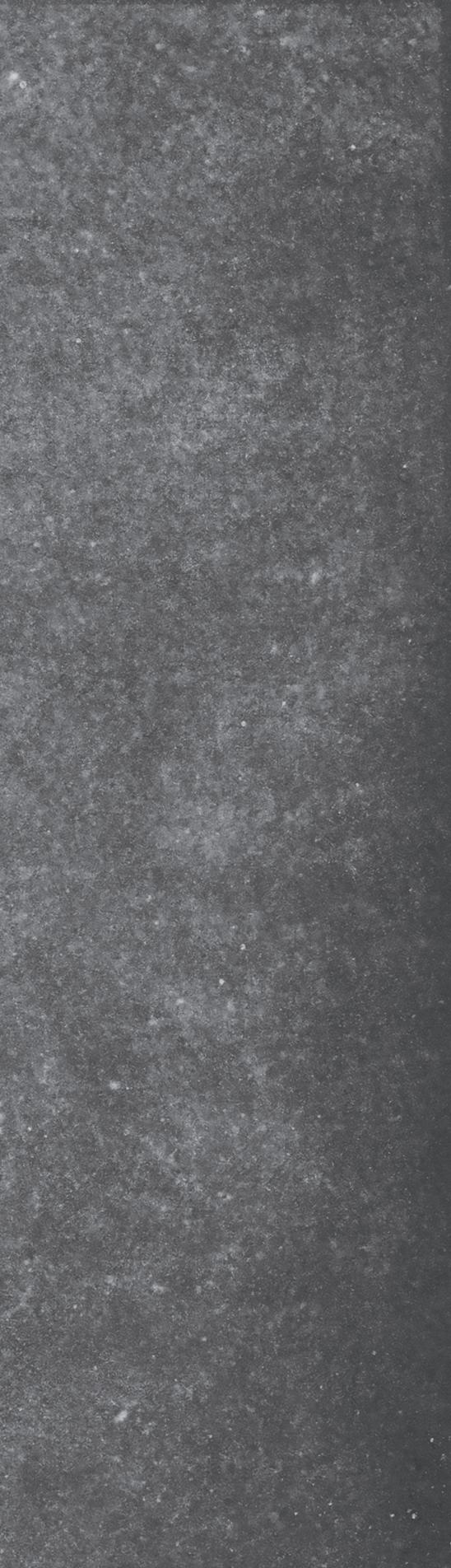
de la vendedora de cigarros sueltos.

Se duplican llaves.

Muros despostillados,
casas de piel arrugada,
el Centro es un abuelo
que no pudiste conocer
pero no quieres olvidar.
Te detienes
y prendes un cigarro.
No puedes callar
la cumbia cachonda que te llama.
Lo mejor del cine para adultos.
Los cables de luz
se estremecen
como cuerdas de guitarra.
10% más gratis.
Tu cuerpo
es una caja de resonancia,
el viento
y el caos rasguean tu pecho,
qué le damos, qué buscaba, de a cómo las da.
Lo darías todo
por cantar este hormiguelo,
estas palabras
que llevas escondidas.
*No te dejes sorprender,
este predio se encuentra sujeto
a un proceso de expropiación.*

Julia Piastro (Ciudad de México, 1989). Poeta, editora y traductora. Ha editado los fanzines *Fricciones urbanas*, *En esta esquina fanzine*, *Cuaderno de vuelo* y *Lluvia periférica*. Ha publicado la *plquette* de poesía *Agua sucia* (Editorial Veme, 2013), el cómic *Antojitos* (edición autogestiva, 2014), y el poemario *Pies en la tierra* (Editorial Literal, 2016). Ha colaborado con poemas en la revista *La mascarada*, en el suplemento cultural *Confabulario* y en la revista *Punto en línea*. Actualmente es becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas en el área de poesía. Su blog es <<https://nolehacepoesia.wordpress.com/>>.





Talleres de Literatura UNAM

Piedra, heliograbado/papel arroz, 22.7 × 17.7 cm, 2017

Deuda cobrada

Francisco Fernández

TALLER DE CREACIÓN NARRATIVA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES, IMPARTIDO POR HUMBERTO GUZMÁN

Siempre que hay sangre regada por el suelo, permanece en el aire una atmósfera de óxido, de humedad metálica que recuerda a una máquina vieja llena de agua estancada. El olor es casi el mismo, pero la sangre tiene un matiz más desagradable. Es como si conservara en sus átomos la esencia misma de las vísceras.

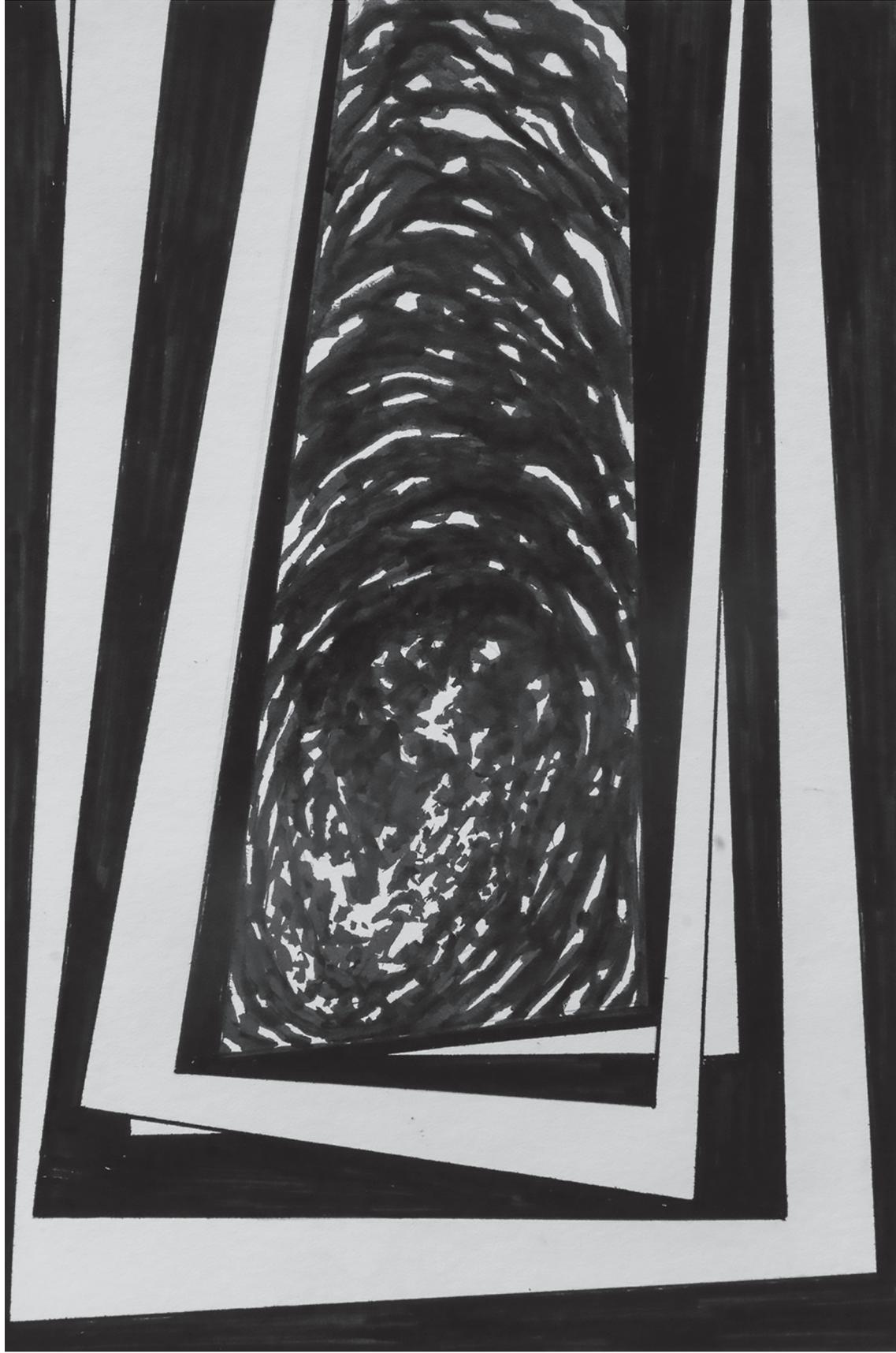
Ciertas excentricidades en la deteriorada mansión revelan la afición al coleccionismo de su recién fallecido dueño, al que miro desde distintos ángulos. Antes de comenzar a escribir cualquier cosa, camino lentamente sobre la crujierte madera, alrededor del cadáver, porque sé que tiene que decirme algo: sus ojos, su boca, la posición de sus manos, la ropa que viste... Los muertos tienen un idioma complejo. Es como si se pintara un último cuadro surrealista para la eternidad, que merece ser descifrado antes de que se borre. Procuero no caminar muy rápido para no alterar esta pintura, procuro quedarme mucho tiempo de pie; no hay que mover nada de su sitio hasta que la realidad previa al cuadro comience a tener sentido.

Es imprescindible ir de afuera hacia adentro y no al revés, como la mayoría. El error es querer sacarle al muerto la verdad, cuando ésta yace en código en el escenario. Son más bien los muebles, las paredes y los armarios los que nos hablan. Este cadáver conversa conmigo a través de su contexto inmediato. Todo es un diálogo entre la casa y el muerto. No se puede entrevistar solamente al muerto, no es posible obtener la verdad nada más de la mansión. Por ejemplo, las ventanas: han estado selladas mucho tiempo y los marcos han acumulado tierra; incluso en la parte exterior han nacido algunas plantas pequeñas.

El hombre está vencido con el pecho hacia el suelo. Su cabeza ladeada a la izquierda. Brazo derecho flexionado hacia arriba. Brazo izquierdo con la palma extendida. Pierna izquierda como si fuera a subir un escalón imaginario. No. No. Aquí está el error que persiste. Debo olvidarme de él por ahora. Volvamos al estudio. Entra poca luz. El olor de la sangre es muy extraño, porque no se parece a nada que haya olido antes. Al mirar en las repisas noto los ojos gelatinosos de las criaturas sumergidas en sustancias viscosas. Es como si ellas vivieran ahora. En el escritorio hay notas que tomo cuidadosamente. En el suelo sorteo las evidencias para no contaminar ni cambiar esta pintura surrealista.

Fragmentos de notas: “Las llamadas han dejado de insistir. Todo el material está pagado, no entiendo qué es lo que debo. Soy presa de una terrible desesperación

De la serie *Sombras de Tokyo*, *Ma #7*, tinta/papel, 15 x 10 cm, 2017



cuando suena el timbre. Me desconcentro. Es frustrante perder las ideas. Voy a cortar los cables. Yo ya no tengo deudas...”

¡Ah!, así que se estuvo aislando, señor Frederick. Ahora entiendo por qué se ha encerrado. Nada que una ganzúa no haya podido resolver para mí. ¿Qué es lo que debía, señor Frederick? Continúo revisando las notas para ver si hay más. Encuentro una caligrafía diferente: “Es la última advertencia, Fred Johansen. Esos frascos no son gratuitos. Vamos a tumbarte la puerta y te cobraremos a la fuerza. A nosotros nos da igual lo que te tardes en tus inútiles experimentos, pero si no pagas...” El resto de la nota no existe. Muy bien, Fred, tenías deudas, pero ¿las suficientes como para ser asesinado?

También hay notas sobre reptiles y muchas disecciones de animales. Tal parece que estabas jugando con la genética, ¿verdad, Fred? Observé en la pared varios cuadros sobre una extensa gama de lepidópteros. Mariposas de muchas formas cuidadosamente colocadas una al lado de la otra. Hay un gran frasco de vidrio con un líquido verde que gotea.

Vuelvo al muerto. A poca distancia de su mano derecha hay una Glock 26 de bolsillo que ha sido disparada directamente hacia su cráneo. El rastro de la sangre hace ver que las tarimas mantienen una inclinación forzada. Una mansión chueca, vaya. Lo complicado de Fred es que sus excéntricas colecciones distraen de lo verdaderamente importante. Siguiendo el pequeño río rojo distingo un hueco en la madera del piso, lo suficientemente grande como para permitirme apreciar en la planta baja un estudio lleno de animales disecados. Ahora me toca hablar con ellos.

Tras bajar unas escaleras y ayudarme con las ganzúas a abrir la puerta, accedo al estudio. Parado en el umbral, intento grabarme todos los detalles. Imagino al inspector del despacho para el que trabajamos, con sus estúpidas recomendaciones: “Pierde el tiempo, Lock, el muerto se lo dirá todo. Aquí en el estudio sólo pierde el tiempo.” Pero yo sé que no lo pierdo. Hay pocos casos en los que está presente el inspector; cree saberlo todo. Descubro con asombro huellas que van del jardín exterior al estudio. Varios objetos han sido revueltos. Cajoneras tiradas y cristales rotos. Algunas tarántulas que vivían en cajas de vidrio ahora deambulan por entre los escombros. De pronto, una cabeza de venado cae del débil clavo que la sostenía y apunto velozmente con el arma. Tranquilo, Lock.

Los acreedores del occiso rompieron el cristal de la ventana. Sólo bastó meter la mano para mover el cerrojo. ¿Qué cosa buscaban y dónde la escondías, Fred? De nuevo me llega el olor intenso de la sangre... mezclado con otra sustancia que no identifico. Me provoca náuseas. Volteo hacia arriba: por entre los surcos de madera se nota la silueta de Fred. Entonces recuerdo: en el interrogatorio, uno de los sospechosos, que fue visto salir aprisa del lugar de los hechos por la guardia local, informó:

—No quería pagar. Sólo queríamos cobrarle. Me urgía ese dinero. Mi hermano rompió la ventana y creímos que Fred se había ido. Así que sólo busqué un poco —balbuceó.

—Entrar en una propiedad privada es ilegal, ¿lo sabía? —inquirí.

—Lo siento. No hizo caso a las notas que le deslicé antes por debajo de la puerta.

Creí que no estaba. No tomé nada. Salí tan pronto oí un disparo. No me llevé nada. Lo juro.

Mirar de nuevo la silueta de Fred en el techo del estudio interrumpió mis pensamientos. Subí y volví a charlar amistosamente con su cadáver. Tomé sus huellas y recopilé las dejadas en la pistola. Las comparé. Coincidían. ¿Por qué te suicidaste, Johansen? Estar tan cerca de él me provocó una fuerte náusea. Ya me había acostumbrado al olor de la sangre, pero este matiz... esta sangre tenía algo más...

Después de colocar un paño húmedo sobre mi nariz decidí examinar el cadáver más detenidamente. Recibió el disparo cerca de la nuca, del hueso occipital. Al llevar a cabo la observación minuciosa, descubrí un par de agujeros más pequeños en el cuello. Parecía la mordedura de una serpiente. De ahí provenía el olor fétido, nauseabundo. Era insoportable. Salí a toda prisa, tosiendo un poco, con el fin de alcanzar aire fresco del exterior. Antes de llegar a la puerta principal vi una cobra incorporándose hasta igualar mi altura. Comencé a sudar frío y mi cerebro a recibir órdenes de defensa: intenté tomar mi arma y dispararle. No pude más que mover mi brazo y sostener el arma frente al imponente reptil. Dos disparos. Después me desvanecí, intoxicado.

Desperté en la cama de un hospital. Tras recobrar el sentido, pretendí incorporarme al caso. Mi compañero me explicó que él me había llevado al hospital justo antes de que me intoxicara por completo. Recuerdo entonces los detalles, el frasco con líquido verde, y todo cobró sentido.

Termino mis notas finales: “Frederick Johansen ha decidido terminar con su vida tras entrar en un estado de locura temporal por intoxicación con veneno de cobra. El disparo, ejecutado con una Glock 26 de bolsillo, se hizo de tal forma que atravesó el hueso occipital, usando la mano derecha para jalar del gatillo. La bala salió por el frente, cerca de las fosas nasales, e impactó en un recipiente que contenía veneno, amplificado y potencializado con diversas sustancias sometido a cambios de temperatura experimental. Dadas las condiciones de enclaustramiento, pronto los gases del veneno comenzaron a intoxicarme hasta que vino a mi auxilio el policía segundo Arthur Lloyd, quien realizó dos disparos contra un peligroso espécimen de cobra. El área de la mansión ha sido declarada en cuarentena hasta que expertos logren neutralizar los gases del veneno.”

Lloyd arroja el periódico sobre mi cama. Lo abro al azar y las páginas muestran alguna publicidad donde aparece un logotipo de una cobra con los colmillos afilados en posición de ataque. Eso me hace recordar la escena y el temor a la cobra que mató al señor Frederick. Un escalofrío recorre mi espalda... 

Francisco Fernández (Ciudad de México, 1980). Es egresado de la carrera de Lengua y Literaturas Hispánicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha colaborado con algunos cuentos y poemas para la revista digital *Letras Raras*.

Terremoto

Raúl Solís

TALLER DE CREACIÓN NARRATIVA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES, IMPARTIDO POR HUMBERTO GUZMÁN

*Ten en cuenta esto más adelante y recuerda.
El fin viene de improviso.*

James Joyce

Aquella mañana, mientras aún dormía, sonó la alarma sísmica. Sin embargo, no me levanté de la cama. Me había acostado a las 4:00 am y no me hacía ninguna gracia dormir menos de lo que mi cuerpo necesita. Recordé que se trataba del simulacro anual con el que se conmemora la tragedia que vivió la ciudad treinta y dos años atrás, cuando un gran terremoto la devastó. Así que giré, me arrellané entre las sábanas y volví a dormir.

Desperté una hora más tarde sintiéndome mejor. Me levanté de la cama y comencé a vestirme. Bajé a la sala. Encontré a mamá entretenida con su celular. Le di los buenos días a pesar de que ya pasaban de las doce.

—¿No escuchaste la alarma? —dijo.

—Sí, pero estaba cansado. Me quedé a trabajar hasta tarde.

Me preparé una taza de café. Me senté en el sillón y encendí el televisor. En un noticiario hablaban del simulacro y rememoraban, como cada año, la tragedia del terremoto del 85.

—A mí me pone nerviosa ese ruido —dijo de pronto mamá, refiriéndose a la alarma sísmica—. No importa que sólo sea un simulacro.

Su comentario me pareció gracioso. Cada vez que sonaba la alarma ella se ponía lívida. La última había sido apenas unos días antes. Un terremoto de mayor inten-

sidad que el del 85 nos había sacudido pero esta vez con daños menores en la ciudad.

—Ya sobreviviste a este que estuvo más fuerte —dije—. Deberías superarlo.

—Pues sí, dicen que estuvo más fuerte. Pero yo no lo sentí como el del 85. Pensé que allí me moría con tus hermanos.

Después de cada sismo era inevitable hablar de aquella mañana del 19 de septiembre. Me sabía bastante bien la anécdota de cómo mamá intentó salir de casa con mis hermanos sin conseguirlo. Por fortuna para ellos la colonia en la que vivimos está asentada sobre una gran placa de roca volcánica que le da estabilidad y fortaleza. También, la casa —que en realidad era un par de cuartitos mal distribuidos, y que años después demolimos— estaba hecha de piedra. No sufrió ningún daño. Pero desde entonces mamá vivía con terror a los sismos. Pensaba que en cualquier momento se le vendría la casa encima. Eso es lo que la aterraba.

Seguí viendo el noticiario. No hablaban de otra cosa más que de los terremotos, del antiguo y el reciente, y los daños que habían provocado. Cambié el canal. Ya tenía suficiente de esa información. Todo el día en la tele, en la radio, por internet, en las redes sociales era lo mismo. Estaba harto de esas noticias. Necesitaba relajarme, distraerme con cualquier otra cosa. Parecía que no, pero estar expuesto a ese bombardeo informativo me estresaba.

Le di una vuelta a los canales. A esa hora pasaban muchos programas idiotas con gente idiota haciendo cosas idiotas para entretener a otros idiotas. Terminé volviendo

De la serie *Sombras de Tokyo*, *Ma #15*, tinta/papel, 15 × 10 cm, 2017



al noticiario. Seguían duro y dale con lo mismo. De pronto sentí una fuerte sacudida. La casa comenzó a estremecerse. Miré a mamá. Su gesto era de terror. Soltó el teléfono que tenía entre las manos y se levantó.

—¡Ay, Dios mío! —repitió una y otra vez mientras veía cómo se sacudían los muebles, derribando algunas cosas.

Comenzó a sonar la alarma sísmica. Entonces comprendí lo que estaba sucediendo.

Me levanté de un salto y moví el sillón para crear una zona de seguridad. Había leído bastantes recomendaciones de Protección Civil sobre qué hacer durante un terremoto, por lo que actué de manera automática. Pero cuando traté de traer a mamá a mi lado me di cuenta de que ya estaba cruzando el umbral de la puerta.

—¡Mamá, no! —grité.

No me escuchó. Actuó por instinto. El miedo la hizo salir. Fui tras ella. Lo único que me importaba era ponernos a salvo. La casa tiene un patio delantero largo y estrecho que hay que cruzar para salir a la calle. Las casas de al lado también se convulsionaban. Entonces dejé de percatarme del movimiento. Pude ver lo que estaba sucediendo: los árboles se agitaban, los cristales de las casas se bamboleaban hasta casi reventarse, pero ya no percibía el temblor del suelo bajo mis pies. Empujé a mamá por el patio hasta el zaguán. Ella decía algo. No la entendí. Sólo deseaba llegar cuanto antes a la calle sin que nada se nos cayera encima.

Fue como si viera una película en cámara lenta. Por más que intentaba llegar cuanto antes al zaguán, más pesado me sentía. Hice un último esfuerzo para conseguirlo. Poco después estábamos los dos plantados en la banqueta, escuchando los megáfonos de la calle que advertían del terremoto.

Cuando pasó el tiempo, todo regresó a la normalidad. Miré a mi alrededor. Algunos vecinos también habían salido. Había mujeres que lloraban abrazando a sus niños. Sobre la misma calle, a dos cuadras de distancia, pude ver cómo los muchachos de la secundaria en la que yo había estudiado salían despavoridos. Los gritos de varios padres en busca de sus hijos y el llanto histérico de algunas colegialas llegaron hasta nosotros. Miré a mamá.

Ella también me miró, confundida, como preguntándome qué había sucedido, si de verdad había temblado el mismo día que hacía treinta y dos años. No lo sé, le respondí con un movimiento de cabeza, aunque estaba seguro de que había sido real.

Poco después cruzamos el patio de regreso.

—Voy a revisar que la casa no tenga ningún daño —advertí.

Comencé por las paredes exteriores. Miré hacia el techo, las ventanas de las habitaciones: todo en orden. Entré. Las paredes, las trabes, la escalera... la casa estaba en buen estado. La estructura había resistido.

—Ya puedes pasar —dije cuando terminé mi inspección.

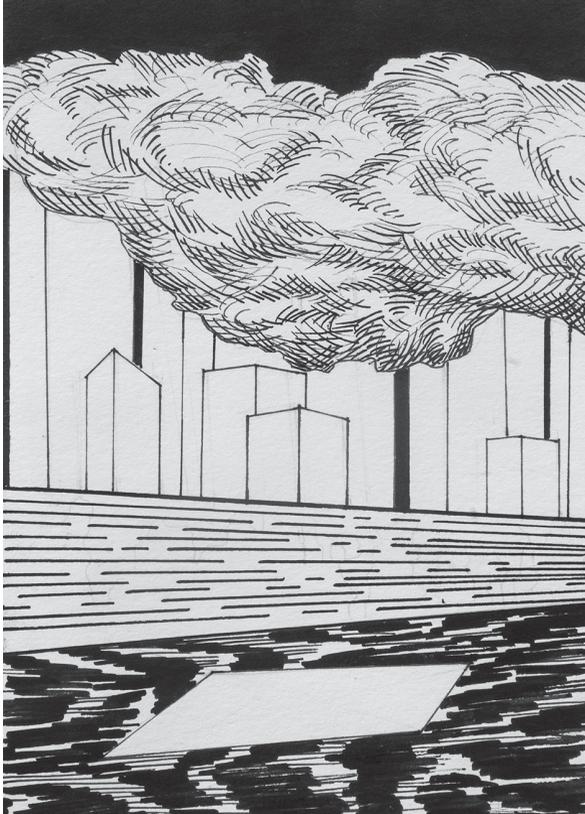
Aún había varios objetos tirados en el suelo. Mamá se dedicó a ordenarlos. Yo acomodé el sillón en su lugar y me senté. Tomé el celular para comunicarme con mis hermanos. Pero no había forma de hacerlo. Se había perdido la señal. El módem estaba apagado. Intenté encender otros aparatos: no había corriente eléctrica. Le pedí a mamá que revisara su celular.

—Yo tampoco tengo señal —dijo inquieta.

—Voy a buscar un teléfono público —dije—. A ver si puedo hablar desde allí.

Salí. El sol parecía distinto: más seco, más violento, dándole a esa calle que conocía tan bien el aspecto de un lugar remoto, desconocido. Incluso el aire parecía más pesado. Me sentí extraño. No sé si estaba asustado o nervioso, pero sentí que algo no estaba bien, como si una terrible tragedia se hubiera cernido sobre la ciudad. Todavía pasaban algunos muchachos de la secundaria con sus padres caminando aprisa. En cambio, yo me movía como si caminara bajo el agua.

Mis intentos fueron vanos. Los teléfonos de las casetas también estaban fuera de servicio. Caminé hasta dar con uno que tenía línea. Sin embargo, las llamadas no se conectaban, no importaba cuánto lo intentara. Esto



De la serie *Sombras de Tokyo, Ma #14*, tinta/papel, 15 x 10 cm, 2017

no puede estar pasando, me dije. De pronto, todo me pareció irreal.

Regresé a casa con mamá. Desconecté los audífonos de mi celular, encendí la radio y la puse en altavoz. Escuchamos un rato. El locutor dijo que se habían caído edificios en Álvaro Obregón, en la Condesa y en la Del Valle. Había mucha información sobre otros derrumbes circulando en las redes sociales, dijo, pero no podía asegurar nada hasta comprobarla. Poco a poco algunos reporteros la fueron corroborando. Y uno habló de una secundaria en la zona de Villa Coapa.

Entonces sí me asusté. La secundaria a la que asistía Susana, mi sobrina, estaba en esa zona. Sentí que la sangre se me congelaba. Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Voy a salir a hablar de nuevo —dije.

Allí seguían ese aire enrarecido y esa luz violenta, afectándome. Caminé hasta la caseta con línea, tomé el auricular y marqué de nuevo aun sabiendo lo que sucedería. Nada. No había forma de comunicarse con nadie. El miedo empezó a transformarse en ira. Colgué el

aparato de un golpe para que no se tragara inútilmente mis monedas. La ciudad estaba herida, pero todavía no conocía la gravedad. Traté de no derrumbarme hasta no saber de mi familia. Volví a casa arrastrando los pies.

Había pasado apenas una hora desde el terremoto. Estaba ansioso, sin saber qué hacer. Los reportes de los derrumbes se fueron multiplicando. Muchos edificios tenían graves daños en los muros y mostraban, moribundos, sus intestinos. Había varios en riesgo de colapsar. La gente estaba desesperada, neurótica. Me imaginé un escenario de guerra, con los edificios reducidos a escombros, muertos tirados por las calles, entre las ruinas. Fue una visión espantosa. Me levanté del sillón para salir otra vez.

—¿Adónde vas? —preguntó mamá.

—Voy por Susana. No puedo quedarme aquí.

Los ojos de mamá parecían pedirme que no la dejara sola en un momento como ése. A pesar de que se esforzaba por mantenerse tranquila, no podía ocultar su miedo. Sin embargo, comprendió que necesitaba saber que Susana estaba bien y no había otra forma de hacerlo.

—Ándale, vete con cuidado —dijo casi lastimosamente, con las manos entrecruzadas, y como si esas fueran las últimas palabras que me diría en vida.

Entonces la abracé. Le dije que todo estaría bien, que regresaría pronto. Ella asintió tristemente. Le dejé la radio en una estación con música deseando que no se sintiera tan sola.

Salí de casa. Me sentí mal por abandonar a mi madre, pero no podía hacer otra cosa. La angustia y la ansiedad me estaban enloqueciendo. Cuando me fui tuve la extraña sensación de que podría no volver a verla nunca y se me hizo un vacío en el estómago, como de vértigo. Me detuve para respirar ese aire pesado que me envolvía. Cuando logré sobreponerme reanudé mi marcha rumbo a Villa Coapa.

Conforme avanzaba, vi que las casas de mi colonia habían resistido. El terremoto no las había dañado. Entonces pensé que lo que anunciaban en la radio era una

exageración. Aquí no había sucedido nada. Sólo que las calles se mostraban inusualmente desiertas. Parecía un pueblo abandonado, sin luz, sin ruido, sin vida. Supuse que las personas se habrían refugiado en sus casas para mantenerse a salvo, a pesar de que lo peor ya había sucedido.

Caminé hasta la calzada de Tlalpan sin cruzarme con nadie. Me pareció raro que después del terremoto no hubiera más personas deambulando por las calles, como yo, en busca de alguien o de algo, como si dentro de sus casas estuvieran más seguros. Tal vez era así y yo me estaba exponiendo a lo inimaginable, desafiando tontamente al peligro. Pero ¿cuál peligro? Lo terrible ya había sucedido. El terremoto ya nos había golpeado con fuerza y ahora había que buscar la forma de encontrar a los nuestros y confirmar que estaban bien. Nada más parecía importar. Al menos no para mí.

Pero no sólo mi colonia estaba desierta. Mientras avanzaba por la calzada de Tlalpan, noté que no había ningún carro circulando ni nadie tratando de llegar a ningún lado. Supuse que, dada la magnitud de los daños, la calzada estaría aglomerada, intransitable, con vehículos de emergencia yendo de acá para allá, tratando de socorrer a los heridos. Sin embargo, sólo yo caminaba por la banqueta lo más rápido que podía, cruzaba puentes y avenidas despobladas para llegar cuanto antes a Villa Coapa por mi sobrina.

Media hora más tarde llegué a la escuela de Susana. Por fortuna, el edificio no se había caído. Suspiré aliviado. Toqué la puerta una y otra vez. La angustia creció conforme insistía. ¿Dónde estaban todos? Comencé a gritar:

—¡Susana!

Nadie respondió. El eco de mi voz rebotaba entre casas y edificios de paredes cuarteadas, con cristales estrella-

dos como ojos llorosos. Aquellas estructuras a medio caer estaban vacías, muertas por dentro, desahuciadas.

Seguí gritando, corrí de una esquina a otra, entre el silencio y la desesperación, casi muerto de miedo, sin comprender qué estaba ocurriendo. Me detuve frente a un teléfono y marqué a mi casa. Necesitaba saber que mamá estaba bien, con vida, en el mismo mundo que yo. El tono zumbó en mi oído con una lentitud agobiante, con notas largas, casi mortuorias, desvelando la desgracia en la que acababa de caer. Nadie respondía a mis llamados. No había ni una sola persona a mi alrededor.

Corrí de regreso a Tlalpan. Tropecé y rodé por el suelo varias veces. No me importó, volvía a levantarme y seguía corriendo aunque cada vez sintiera un dolor más agudo en el cuerpo. Las calles se hicieron largas; el tiempo transcurrió de forma incierta.

Llegué a casa, renqueando, cuando comenzaba a oscurecer. Me limpié el sudor y las lágrimas de la cara. Abrí la puerta y entré buscando a mamá. No estaba. Había desaparecido junto con todos los demás. ¿Cómo era posible? ¿Qué estaba sucediendo? ¿En dónde estaban todos? ¿O en dónde estaba yo? No podía entenderlo. La idea de encontrarme completamente solo dentro de lo que parecía un invencible sueño fue insoportable. No quería estar allí. Me tiré al suelo deseando despertar cuanto antes de aquella pesadilla, sin conseguirlo.

Cayó la noche. No hubo forma de escapar de la oscuridad. Mi familia, mi casa, los lugares que había visitado, la ciudad que conocí, todo pareció desvanecerse con lentitud, como fantasmas nocturnos, fugaces. Pronto no quedaría nada, tal vez ni siquiera mi cuerpo, como prueba de que este mundo había existido, pensé. Si es que alguna vez existió, añadió con fatalidad una voz en mi cabeza que pretendía ser yo. Me quedé inmóvil, aterrado, esperando volver a oírla. Pero no dijo más. El silencio fue agobiante. La soledad, mortal. 📍

Raúl Solís (Ciudad de México, 1989). Fue finalista del Primer Concurso Internacional Cada Loco con su Tema y antologado en el libro de relatos homónimo (Benma Editoras, 2013). Ha publicado relatos en la *Gaceta Coapa* de la ENP 5, José Vasconcelos, y en *Kinkies. Literatura que ensucia...* Fue incluido en la antología de cuentos y relatos *Terror en la ciudad de México* (Libros del Conde, 2015). Es autor de los libros de relatos *Ajuste de cuentas* (Maldurmiente, 2015) y *Un perdedor sin futuro* (Lectio, 2017). Actualmente colabora con el sello Libros del Conde. <facebook.com/RaulSolisGz — twitter.com/raulsolis_g>

reCuerpo

Abril Ramírez Sánchez

TALLER DE CREACIÓN LITERARIA DEL CCH SUR, IMPARTIDO POR LUIS PANIAGUA

Para Manu y Joel, que son parte del cuerpo de este texto.

Límites

Cuando hablo de mi cuerpo, no estoy segura de saber a qué me refiero exactamente. No sé si empieza en la punta de mi dedo gordo o si comienza muchos kilómetros antes, en la orilla del mar. Y es que el problema empieza con la definición de los límites. Me parece confuso, y hasta pretencioso, determinar dónde está el inicio y dónde el fin. Alguien podría decir que el cuerpo se refiere solamente a un conjunto compuesto por dos pies, dos piernas, un torso, dos brazos, dos manos y una cabeza; aunque hace años esta definición me resultaba convincente, un día mi percepción cambió. Fue al ver una película en la que, en una escena, la protagonista caminaba por la nada. Eso me hizo pensar que cuando yo imaginaba la nada, la veía de color blanco, lo cual no tenía sentido porque el blanco no es un color, y si en la nada no hay nada, ésta sería incolora. Imaginar así la nada me resultó imposible, pues al intentar visualizar algo transparente lo que observaba, indefectiblemente, era un fondo en el que había algo; por lo tanto, pensé que si algún día yo estuviera en la nada, lo que vería realmente sería el paisaje o el objeto que se encontrara al final. Concluí que “todo está conectado”, que la nada (si existía) estaría unida a su contrario, que sería imposible ver una nada absoluta en el mundo en el que vivimos porque siempre hay algo en la parte del fondo, ya sea un balón o nosotros mismos. Entonces mis ideas se movieron al ámbito corporal. Caí en la

cuenta de que no hay un sólo momento en el que nuestro cuerpo deje de estar en contacto con el aire, y si nunca se separan es porque quizá uno es parte del otro; a su vez el aire no se separa nunca del mar, entonces éste es parte de su/mi/nuestro cuerpo. Y el mar no se separa de la arena, y la arena no se separa de los cangrejos, y así hasta nombrar a todos los entes corpóreos. Sin embargo, eso hace que resulte más confuso (¿o más claro?) todo, porque pareciera que cuerpo solamente hay uno y que éste es de todos.

No me es ajeno el estado de comunión. Hay días en los que tardo mucho tiempo bañándome, y al salir de la regadera y ver la hora me siento culpable por los litros de agua que fueron desperdiciados. Cuando abro la llave, las primeras gotas que caen sobre mi cuerpo se sienten distantes, dos cuerpos que chocan, cada uno poniendo su barrera y reafirmando el límite que su nombre le ha puesto. Pero conforme pasan los minutos, los límites se difuminan y comienzo a gotear, a escurrirme lentamente. No tengo que pensar que mi cuerpo está en contacto con el agua y que por eso somos sólo un cuerpo; simplemente lo siento. No soy la única que ha tenido esta sensación o que ha reflexionado sobre ello; algunas religiones, filósofos y escritores han llegado a la conclusión de la existencia de la unidad indivisible. Sin embargo, el nombre varía según sea el caso, para unos es Dios, para otros, la Naturaleza; para Don Alejandro es El Congreso. Para mí, *El* cuerpo.

Pensar en la unidad total corporal produce escalofríos y emoción, nos hace sentir irrelevantes y al mismo tiempo poderosos. Es posible repensar nuestra relación con el mundo, ya no como un otro sino como uno mismo.

Desde esta perspectiva, imagino las diferentes partes de *El* cuerpo. ¡Cuántas cosas estoy haciendo en este preciso instante además de escribir! Estoy caminando en cuatro patas con mi cola moviéndose sobre el piso negro que soy yo; estoy regresando hacia mí una y otra vez, pues vuelvo hacia mi parte arena y luego hacia mi parte mar, junto con mis otras partes olas; estoy colisionando contra mí en el Periférico; estoy siendo teclada por mis manos; estoy haciendo tantas cosas, que me resultaría imposible escribirlas aquí... (hasta me siento tentada a tocar la puerta de mi vecina, que también soy yo, y presumirle todo lo que estamos haciendo en este momento) pero resulta un poco decepcionante saber que no soy la única que está haciendo muchas cosas al mismo tiempo, es decir, saber que soy la única haciendo cosas al mismo tiempo, sólo un cuerpo con muchas partes en acción. Pero, ¿con quién platico?, ¿con quién puedo hablar si no es conmigo? La única escapatoria para la sensación de soledad es el monólogo interior de *El* cuerpo, contradiciéndose, pensando que somos muchos cuerpos en lugar de uno solo, para después buscar la comunión con los otros. Correr en la misma dirección del viento es parte del anhelo de pertenecer nuevamente a *El* cuerpo, nos reencontramos con nuestras diversas partes para volver a ser uno, hasta el momento en el que sentimos la soledad y decidimos poner un límite.

Es posible que, ante la rapidez del mundo que nos rodea, no quede tiempo para reflexionar sobre si somos parte del agua o no; es probable que algunos lectores nunca se hayan sentido parte de la unidad de la que hablo; no obstante, es factible experimentar esta situación en un lugar frecuentado por casi todos: el transporte público. Cualquiera persona que se haya subido al metro en esta ciudad en horas pico sabrá que llega un momento en el que al interior de la máquina naranja todos somos uno; hablar de personas resulta inapropiado para describir la situación, pues el cúmulo encerrado se ha convertido en una masa con cientos de brazos, unos arriba y otros abajo. Los humores, olores, colores y formas convergen en uno solo que se transporta de estación en estación; y si no nos bajamos en el andén más próximo, vemos cómo una sección de nuestro gran cuerpo se desprende para dar paso a nuevas piezas que llegan para ser parte

de nosotros. Pero si somos los que bajamos, nos alejamos de nuestro cuerpo como una pestaña que se separa del párpado, ¿acaso para conseguir autonomía y formar otro cuerpo? ¿O simplemente transitamos como la sangre, dentro de *El* cuerpo? De nuevo, el problema de los límites.

De la serie *Sombras de Tokyo, Ma #9* (detalle), tinta/papel,



No es sorprendente pensar que quien habló de cuerpos por primera vez haya sido precisamente quien nombró al mundo. Comenzó a separar las cosas y poner límites, porque a partir de algunas diferencias (como la textura, el color o el olor) surgió la idea de que cierto conjunto de características determinadas conformaban un cuerpo

15 × 10 cm, 2017



y que ese cuerpo era, por ejemplo, una flor. Se nombraron los cuerpos con distintos sonidos, para seguir delimitándolos. Cuando nació, una enfermera (o tal vez el doctor) se encargó de cortar el cordón umbilical para decir que ahí no había una persona, sino dos. Así, durante la infancia y adolescencia sabía que existía algo que era *mi* cuerpo, que por él tenía conciencia de que yo era yo y no Mariana o Pedro, y que a través de él podía sentir el mundo. En la secundaria, en las clases nos hablaban sobre los cambios que atravesaba nuestro cuerpo; yo imaginaba una especie de abrigo que se iba estirando, siempre el mismo, siempre conmigo. Y no fue sino hasta que estuve en una clase de física que esa idea infantil fue destruida por el maestro. Hablando de la materia nos dijo que de los átomos que conformaban nuestro cuerpo ese día, en unos cuantos años ya no quedaría ninguno. Es decir, resulta que el abrigo no era el mismo; es más, parte de los abrigos de los otros probablemente en algún momento serán nuestros, y llegará un momento en el que de nuestro abrigo primigenio no quedará nada. Lo mismo sucede en el metro. De todas las personas que confluyen en él y que en un determinado tiempo y espacio son uno, no quedará nada al día siguiente; claro que resulta más fácil pensar en que el metro se deshace de su cuerpo, porque el metro no tiene mente (o hasta ahora no hay indicios de lo contrario), y resulta complicado entenderse como persona, definida por un cuerpo, cuando la gente nos sigue llamando por nuestro nombre, aunque ya no quede ni un átomo de nuestro cuerpo original.

Lo (des)conocido

Lo sensorial es esencial al hablar del cuerpo, pues es a través de los sentidos que percibimos el mundo. Cuando en el kínder nos daban la silueta de un cuerpo y nos pedían señalar sus partes, lo hacíamos con aquellas cuyo nombre conocíamos, pero a los diecisiete años hay partes del cuerpo que surgen ante nosotros por primera vez. A mí, hace unos meses, me colocaron *brackets*, y si no hubiera sido por ese tratamiento, habría pasado para mí desapercibida la pequeña sección de piel interna que se encuentra a la altura de mi muela derecha inferior,

pero en el instante en que el alambre del *bracket* la rozó haciéndola sangrar, se reveló ante mí aquella parte desconocida. Mi lengua y mis dedos la tocaron por primera vez para confirmar su existencia y sí, ahí estaba. De niños, jugando con nuestros compañeros, tuvimos experiencias similares: el dolor nos mostraba partes de nosotros hasta ese momento ignoradas.

Sin embargo, no solamente se descubre el cuerpo a través del dolor; muchas veces lo hacemos a través de otro. El descubrimiento de la propia espalda no lo podemos atribuir a nosotros, pues las manos de los demás siempre alcanzan territorios desconocidos con mayor facilidad y gracia que la que uno mismo pudiera haber tenido. No me molesta no poder nombrar mi espalda, ni plantar la bandera de conquista, porque sé que hay partes de mi cuerpo que sólo pueden ser conocidas así, a través del otro. ¿Cómo podría enojarme con los otros cuando yo misma he escrito mi nombre en sus espaldas? No hace falta molestarse estirando el brazo. Hay caminos que no se pueden recorrer en soledad.

Además de los senderos no recorridos del cuerpo, están los que conocemos y reconocemos. Arriba mencioné el descubrimiento de zonas nuevas, pero también sucede el reencuentro con ciertas partes que, de tanto uso, casi se nos olvidan. Las manos, por ejemplo. Esas pobres que se encargan de sostener el lápiz para escribir, teclear en la computadora, amarrar agujetas, tirar bolsas de basura, lavar trastes, parece que solamente existen por practicidad, hasta que alguien recorre sus surcos con una caricia y las *reconocemos*: unas manos, nuestras manos... Con líneas en la parte interior, muchas; unas se marcan más, pero si acerco los ojos veo que son miles, que se entrecruzan, chocan, siguen su cauce y se unen a los ríos principales. En el reverso hay más líneas, el color es distinto, y la textura también, es más suave. Cada uno de los dedos tiene un casco duro que crece y crece, una uña. Vellitos pequeñitos, casi imperceptibles

a primera vista, que se aclaran con el sol. Un lunar chocolate y entonces la reconozco: una mano, mi mano.

Otro misterio para mí es aquello que hace que el cuerpo se mueva en determinada dirección. Escucho a mi hermana, que tiene formación científica, decir en mi cabeza que el movimiento del cuerpo se debe a una serie de reacciones químicas e impulsos nerviosos enviados desde el cerebro hasta los músculos. Esa explicación me resulta satisfactoria por momentos (por ejemplo, cuando escribimos, al trazar una A, queremos que nuestra mano haga el movimiento determinado que permita que la letra se plasme en el papel), pero en otras ocasiones me parece que no son los impulsos nerviosos los que mueven al cuerpo. Cuando platicamos con algún amigo mientras caminamos, llega un momento en el que nos detenemos y nos preguntamos el uno al otro hacia dónde vamos, el otro inevitablemente responde que nos estaba siguiendo a nosotros, y nosotros afirmamos que lo estábamos siguiendo a él. Pareciera que el cuerpo se librara por un momento de las órdenes del cerebro, mientras éste intenta articular una conversación ¿Será de los pocos momentos en los que el cuerpo hace lo que quiere?, ¿se libera de la obligación de obedecernos? Este misterio me lleva al inicio del ensayo, a la pregunta hecha hace muchos años y repetida en incontables ocasiones por las bocas de *El* cuerpo: ¿cuerpo y mente son una cosa o dos? Responder esto es muy importante, ya que se trata de averiguar el valor de x . La respuesta a esta pregunta es trascendental porque estamos intentando entendernos como personas, contestar una pregunta más amplia: ¿quiénes somos? Vale la pena sumarse a la fila y hacer el intento de dilucidar el misterio desde mí, es decir, desde mi experiencia, desde mi pensamiento, desde mi cuerpo, mi cuerpo, mi cuerpo... Cuando hablo de mi cuerpo, no estoy segura de saber a qué me refiero exactamente, no sé si empieza en la punta de mi dedo gordo o si comienza muchos kilómetros antes, en la orilla del mar. **P**

Abril Ramírez Sánchez (Ciudad de México, 1999). Ha participado en dos ocasiones en el Encuentro de Creación Literaria de Alumnos del CCH (2015 y 2016).

La herencia de la muerte

Karla Fernanda Páez Vázquez

TALLER DE CREATIVIDAD LITERARIA DE LA FES IZTACALA, IMPARTIDO POR EDUARDO CERECEDO

Soy sólo tiza arrojada, suave
violenta, para bordar mensajes
en los prados verdes de la vida
yacientes bajo manchas de bosque.

Soy las blancas y curvadas letras,
declamando el tatuaje-herencia
a ésta, mi tierra enemiga;
esclava de ilusa fantasía.

¡Sigo siendo! Ceniza pálida
por vaho de tiempo.

Soy otra mancha irreconocible
en los fríos umbrales de la muerte,
y aún allí; en finitud vencida,
existo.

Karla Fernanda Páez Vázquez (Ciudad de México, 1993). Estudia Psicología en la Facultad de Estudios Superiores Iztacala de la UNAM. Ha publicado en *Espacios de Luz, antología de poesía/cuento* (Eduardo Cerecedo, comp., FES Iztacala UNAM, 2016) y *En el Zaguán, Revista de literatura*.

Hombre al vuelo

Andrea García

TALLER DE CREATIVIDAD LITERARIA DE LA FACULTAD DE DERECHO, IMPARTIDO POR EDUARDO CERECEDO

I

Buscaba al hombre
que supiera
de dulzura
y quebradizo silencio,
para que mirara
mis alas.

Como aquella tarde, te daré de mí...
Otro vuelo.

II

La conciencia suele ser turbia,
nubla la mente,
el corazón.
Siempre emergerá de las sombras.

Transparente.

III

A una amiga incondicional

Hoy seguí tus *huellas descalzas...*

Esas que la lluvia no borra.

Hoy como ayer... no estabas, no estás,

pero yo *sé sentir en la lluvia...*

la humedad.

Andrea García (Ciudad de México, 1987). Estudió Pedagogía en la UNAM. Cursó el taller de poesía y actualmente cursa el de novela corta, en la Facultad de Derecho. Ha publicado en revistas electrónicas y en la antología de poesía *Espiga de abril* (Noemí Luna García y Eduardo Cerecedo, comps., Eterno Femenino Ediciones, 2017).

El galeón

Jared L. Morales

TALLER DE CREACIÓN LITERARIA DEL CCH AZCAPOTZALCO, IMPARTIDO POR LEONEL ROBLES

Estoy acostumbrado a que me ocurran cosas fantásticas con mayor frecuencia que a los demás. Hace un par de años que noto esos milagros que, al ser tan sigilosos, pasaban desapercibidos. Hasta que abrí los ojos: de noche la luna me seguía a dondequiera; los girasoles giraban hacía mí en vez de hacia el sol cuando pasaba junto al sembradío; al caminar bajo un árbol en otoño y pisar las hojas, éstas suenan semejantes a la canción de Agustín Lara que estaba escuchando antes de salir a caminar: *Yo sé que es imposible*, pisando una montaña de hojas amarillas, *que me quieras*, pisando de a una las hojas marrones. Y como ya estoy acostumbrado a éstas y a otro millón de cosas fantásticas, nada me sorprende. Por eso ya estaba preparado para lo que me ocurrió cuando, tras la llovizna, en un charco, me encontré con un busto de rostro idéntico al mío pero que, sin embargo, no era mi reflejo.

La situación fue sencilla. Era abril de un año del que no me acuerdo y que no me importa; aunque el día por supuesto que no lo he olvidado (no, no la fecha ni el día de la semana, que son cosas que carecen de importancia). Recuerdo perfectamente que había llovido, y en abril no suele llover. Después de la comida y poco antes de la cena (tampoco me interesa mucho la hora exacta), cuando el sol comenzaba a ocultarse, empezó la lluvia y no cesó hasta el amanecer del día siguiente. Salí de la

casa temprano, con los primeros rayos de luz. En el suelo fluía un riachuelo estrecho, junto a mis zapatos, y, navegándolo, había un objeto brillante, dorado, con la forma de una moneda. Lo seguí. El riachuelo desembocó en un charco; justo cuando me incliné por el oro, asomé del agua una figura igual a mí y me saludó. La miré confundido, pues no había dicho palabra alguna: aquello no era más que mi reflejo, hasta que habló. En ese momento supe que era otra creatura, a la que decidí llamar “busto”, por lo poco que alcanzaba a verse de él.

Le sonreí, devolviéndole el saludo amablemente, a lo que me dijo: Ayúdame a salir de aquí, mete tu mano, toma la moneda y yo me asiré de tu brazo; llevo mucho tiempo inmerso en esta cárcel. No soy cualquier ser, con mi poder soy capaz de grandes cosas, pero quedé atrapado producto de un encantamiento, y estoy condenado a esperar a aquel que habrá de salvarme. Te suplico que me liberes de este cautiverio y aceptes este galeón como recompensa. Por favor, ten clemencia y cree en mis palabras. Cuando terminó de hablar, me ref y le contesté: ¿Sabes cuántas monedas como éstas me puedo encontrar a diario? Y me fui.

Como dije, estoy acostumbrado a las cosas fantásticas, por lo tanto, ya no creo en ellas; es por eso que pude darme cuenta, mientras el busto narraba su cuento, de que aquel galeón era de plástico. ♣

Jared L. Morales (Ciudad de México, 2000). Ha participado en lecturas públicas y colaborado en la *Gaceta* del Colegio de Ciencias y Humanidades plantel Azcapotzalco, donde actualmente cursa el sexto semestre del bachillerato.

De la serie *Sombras de Tokyo*, *Ma #17*, tinta/papel, 15 × 10 cm, 2017



De la serie *Sombras de Tokyo, Ma #1*, tinta/papel, 15 × 10 cm, 2017



Micaela

Araceli Amador Vázquez

TALLER DE CREACIÓN LITERARIA DEL CCH AZCAPOTZALCO, IMPARTIDO POR LEONEL ROBLES

Tras una actividad agitada, Micaela bebió un poco de té y regresó a su habitación donde debía seguir cumpliendo las necesidades que la naturaleza impone a toda jovencita que se encuentra en el apogeo de su vida. Cabe decir que, aunque intentaba controlarse, cierto impulso poco usual en ella la obligaba a actuar de manera irracional, cosa que a ninguna mujer le disgusta si se trata de su propia recreación, es decir, el acto con el cual la mujer es hostil a todo principio. Micaela era una hija de familia, acostumbrada a acatar las disposiciones de su padre: ir los domingos a misa, rezar el rosario antes de dormir, entre otras normas que su estricto progenitor le imponía.

Al regresar a su habitación se metió entre las sábanas respirando con dificultad. De pronto, su padre abrió la puerta y quedó impactado por la respiración entrecortada de su hija y los movimientos inusuales debajo de las sábanas. Palideció, de temor al principio y luego de cólera. Sin decir nada, salió de la habitación.

A la mañana siguiente, su padre la llevó a confesarse. Él mismo se encargó de exponerle al sacerdote el pecado de su hija. Micaela no lo contradijo y aceptó los veinte padrenuestros para que su alma quedase limpia del grave pecado de comerse, en horas de dormir, los ricos bizcochos que su madre había horneado la tarde anterior, bizcochos, por cierto, que su padre ni siquiera imaginaba. ●

Araceli Amador Vázquez (Ciudad de México, 2000). Ha participado en el Encuentro de Talleres de Creación Literaria del CCH, ediciones XVII y XVIII, y publicado en la *IX antología de alumnos del CCH* (2016). Ese mismo año obtuvo el segundo lugar en la categoría de Cuento en el Quinto Concurso de Lectura de Poesía y Cuento que se llevó a cabo en el Colegio de Ciencias y Humanidades plantel Azcapotzalco, donde cursa el sexto semestre del bachillerato.

Mar y Bella

Citlalli Mendoza Rivera

TALLER DE CREACIÓN LITERARIA DEL CCH AZCAPOTZALCO, IMPARTIDO POR LEONEL ROBLES

—¡Pero qué lindo vestido, Mar!
—*¿Lo olvidas, Bella? A nosotras no nos gustan los vestidos.*
—Lo sé, pero piensa, si tenemos una hija...
—*Pero nosotras queremos un hijo. Bella, no lo olvides, siempre hemos querido un niño.*
—Si tú lo dices...

Mar torció los ojos, como hacía siempre que su hermana y mejor amiga la molestaba. ¿Por qué Bella podía llegar a ser tan molesta? En fin, esas cosas siempre pasaban.

Siguieron paseando por la plaza. Caminaron por la orilla de la fuente y casi se cayeron por la torpeza de Bella. Luego se compraron un helado que, sin querer, embarraron a un señor por la distracción de Mar.

Les gustaba estar a solas porque así podían ser ellas mismas. Cuando estaban con su madre, ésta las regañaba, les decía que dejaran de jugar a esas cosas porque, si no, iban a quedar trastornadas. Ellas no entendían por qué se preocupaba tanto hasta que una noche la escucharon llorar por el teléfono.

No estaban muy seguras de con quién hablaba, pero era alguien que había conocido a su padre. Y descubrieron el problema: no tenían el mismo padre... él había sido dos personas, igual que ellas.

Su madre primero conoció al de Bella, que era un hombre dulce e intelectual. La trataba con timidez; ella estaba fascinada. Entonces conoció al padre de Mar. Él era rudo y divertido, amaba la música más que a nada en

el mundo y le dedicaba muchas canciones a la madre, que estaba, igualmente, encantada.

Sin embargo, no se decidía por ninguno de los dos; ella siempre fue muy indecisa.

—¡Mira, Mar! Ya está la película, hay que verla.
—*Pero, Bella, nos gastamos todo el dinero comprando los helados.*

—Fue tu culpa, Mar. Tú chocaste con el señor y por eso tuvimos que comprar otro.

—*¿Ya viste, Bella? Nos vamos a enfermar y será tu culpa. Tuvimos que meter el pie en la fuente para evitar caer adentro.*

—Ya olvídalo, Mar. Si no tenemos dinero para ir al cine, entonces qué quieres que hagamos.

—*Ya no tenemos tiempo de hacer nada, mamá está por llegar.*

—¿Y quién va a hablar con ella hoy? Ya vimos que el sistema de turnos no funciona porque se confunde.

—*Supongo que tendrás que hacerlo tú, Bella. Va a estar enojada porque nos enfermamos y tú eres mejor en estos casos.*

—Sólo porque no quiero que nos peguen como la otra vez, pero ya sabes que no me gusta cuando se enoja. Ahora cállate porque ya viene.

—¡Marbella! ¡Marbella! ¿Dónde estabas, cariño? Te estuve buscando —su madre les dio un fuerte abrazo antes de tomarlas de la mano—. Vayamos a casa que tienes que hacer tarea. 📌

Citlalli Mendoza Rivera (Naucalpan, Estado de México, 2000). Tiene una novela inédita y es miembro activo de la comunidad del FanFiction. Actualmente cursa el cuarto semestre del bachillerato en el Colegio de Ciencias y Humanidades plantel Azcapotzalco.

De la serie *Sombras de Tokyo*, *Ma #5*, tinta y collage/papel, 15 × 10 cm, 2017



CUARTA EDICIÓN

LA CRÓNICA

COMO ANTÍDOTO

Las dimensiones del ocio



JURADO:
Pablo Espinosa
Leonardo Tarifeño
Apartado Postal (Eunice Hernández,
Miguel Santos y Ricardo Cardona)

CENTRO CULTURAL UNIVERSITARIO TLAHELCO
DIRECCIÓN DE LITERATURA
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES Y FOMENTO EDITORIAL



Vivir sin un peso

Ejercer el ocio gratuito en el Centro Histórico y alrededores

Leonardo Tabares Suárez

PRIMER PREMIO

La última quincena y la salida del modo de vida esclavo

La mañana del 24 de octubre de 2015 ejecuté mi pequeña rebelión de asalariado. En lugar de “ponerme la camiseta”, acompañé a mi padre a comer pancita en su mero cumpleaños.

El lunes 26, a las 8 horas y 14 minutos, ante un regalo inevitable, una respuesta espontánea. Las circunstancias, mi hartazgo y mi capricho reaccionaron tildando de “esclavista” a mi empleador y provocando mi expulsión de la vida en cautiverio. El acto improvisado tuvo consecuencias: una última quincena, una módica liquidación y una amplia sonrisa al ver llegar al abogado de los despidos. También tuvo un respiro: la dicha de expresar lo que piensas y la incertidumbre hacia el futuro. Uno de mis pensadores predilectos, Jiddu Krishnamurti, ilustra: “Si no tienes una posición establecida, si no hay certidumbres ni logros, lo que hay es libertad, libertad para mirar, para realizar. Y cuando miramos con libertad, lo que miramos es siempre nuevo. Un hombre seguro de sí mismo es un ser humano muerto.”

Andaba muerto en el modo de vida esclavo. Por fin concluirían las horas pico y los movimientos pendulares. Los traslados Centro Histórico-Naucalpan-Centro Histórico estaban próximos a la extinción. “No servirás”, me gritaba James Joyce desde la tumba.

Mi destitución de rigor se dilató hasta la primera quincena de diciembre de 2015, momento en que el patrón tenía mis labores bajo control y días antes del periodo

vacacional que solicité. Pasado un corto descanso acudí a una entrevista de trabajo. Me di el lujo de cometer una estupidez. ¡Quería trabajar! Tras siete años de condicionamiento actuaba como un autómatas. Visto mi error, no le di seguimiento a la entrevista. No tenía ni quería encontrar trabajo. Tampoco tenía novia. Danna necesitó partir y Grace recién huía del juego. En menos de cuatro meses había perdido y ganado. Carlos, que sabía de mis historias, comentaba: “Te gustan las relaciones cortas, eh.” Se equivoca, ellas prefieren terminar. Tardé mucho en dejar mi empleo.

Decidí sobrevivir del famoso finiquito e ir acomodando las cosas para no chambear en faenas inútiles; disfrutar mi tiempo, ahorrar y gastar sólo en lo esencial: renta, comida, cursos y talleres; buscar la gratuidad todo lo posible y nunca caer tan bajo como para “despertar mi conciencia” con vaciado de los bolsillos. Hay un *coaching* contemporáneo que pulula, ése donde adquieres “amigos” y “conocimiento” a través de un desembolso inconcebible.

Fue Carlos, que formaba parte del Club de Desempleados, quien me introdujo a uno de los primeros cursos gratuitos del año. Él realizaba su servicio social en el Museo Indígena, donde nos facilitaron lecciones de medicina herbolaria. Rescato las palabras del instructor en la primera sesión: “Lo más importante es lo que no soy, porque es lo que voy a aprender.”

Soy nada. Comenzó el largo camino de aprendizajes y holgazanería.

De la serie *Sombras de Tokyo*, *Ma #10*, tinta/papel, 15 × 10 cm, 2017



Año sabático 2016: I, II, III, IV y V

I. ¿Un acto de valentía?

Entrado el año sabático, visité la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada para obtener un ejemplar de la *Cartelera Cultural de la SHCP* y revalorar los murales revolucionarios de Vlady. Casi frente a este recinto me topé con los Amigos de la Letra Impresa A. C. —*Aliac* pa' los cuates—: un centro cultural que alberga otra biblioteca, la José Ortega y Gasset, y que en conjunto manejan una plantilla de talleres.

Me apunté al de Creación Escénica Clown, impartido por el director artístico de la compañía Clownoscopio, Julio Ortega, quien fuera compañero de mi hermano en la secundaria. Me alegró ver una cara conocida y asimilar la importancia de “trabajar con lo propio”. Julio nos mostró que “el payaso es dualidad, es hermoso y terrible a la vez. Tiene la bella oportunidad de ser malvado”. Julio y mi hermano eran unos cabrones; ahora él provocaba humor desde la sinceridad.

La poesía estaba a cargo de Cynthia Franco, una chica con mucha facilidad para detonar la escritura en los otros, nosotros. Tan útilmente nos introdujo a Heidam y a mí a los nadaístas, a Darío Lemos y a sus profecías: “Todo el mundo cree que dice una gran verdad cuando declara que existe. Yo digo para *contrariar la verdad* que yo no existo. / A veces, cuando no tengo que pensar, mido por kilómetro la angustia y la inutilidad de vivir. / Visito simplemente, sin exageraciones, con un formidable desdén por las modas. / Nunca tengo dinero ni me interesa. Tengo en cambio abundantes amigos que pagan por mí.” Luego de escuchar en YouTube “Yo soy Darío Lemos”, aventamos nuestras ocurrencias por medio del repentismo. Listo, éramos poetas.

A Heidam la conocí poco antes en la Escuela de Participación Ciudadana para el Rescate del Centro Histórico, que no es un colegio, sino una dinámica que auspicia el Fideicomiso del Centro Histórico para gestionar proyectos de mejoramiento barrial y valorar el patrimonio cultural que alberga el corazón de la ciudad. La escuela tiene dos periodos por año y cuenta con un programa de visitas a puntos relevantes.

Compartí con Heidam varias actividades y ratos con

sus hijas. A pesar de las críticas negativas, ellas no acuden a la escuela formal —institucionalizada y estructurada—; no obstante, siempre están inmersas en ejercicios lúdicos y de saberes en lugares alternativos, tienen contacto con otros niños y son muy sociables.

Tal vez un acto de valentía es actuar diferente. El filósofo Rob Riemen, cuestionador del fascismo contemporáneo y la educación dogmática, afirma: “Sin libertad de pensamiento y de expresión, sin derecho a pensar de otra manera, a ser distinto y a discrepar, todos los demás valores se hallan indefensos [...]”

II. Ocio activo vs. la verborrea moralina

La urgencia por continuar activo en el ocio me impulsó a rascarme los bolsillos. Paso a paso tiré por la borda mi remanente y opté por lo más accesible para cazar nuevas experiencias.

Tomé Expresión Corporal en el Centro Cultural de la SHCP. La clase fue impartida por Irene Repeto, una española que neutralizó su acento y que vi actuar en *El sueño de la oscuridad*, una puesta que me reencontró con “El maligno” y los diablos portadores de luz: Lucifer, Behemoth, Astaroth, Asmodeus, Belcebú. Diablos rebeldes ante un poder que todo lo controla.

Más adelante practicaría danza contemporánea sin lograr aún mi meta: tocar mis pies con las manos teniendo las piernas completamente estiradas.

Fluí por La Ciudad a Través de la Fotografía Nocturna, un taller en Casa del Lago. La guía histórica a cargo de Fernando Ramírez, que además es una enciclopedia musical e imparte cátedras de historia del rock en el Museo del Chopo, resultaba imprescindible en los itinerarios. Imposible olvidar su rabia ante nuestra ignorancia: “¡El arte se lee, muchachos!”

En el segundo trimestre de 2016 viajamos por Avenida Reforma, con desvío hacia el Monumento a la Revolución y al Panteón de San Fernando, y desenlace en el Zócalo. Desglosamos una enorme pero nunca suficiente cantidad de historia y un anecdotario de ironía, como aquella fecha en que la Liga de la Decencia se escandalizó por la escultura de la *Diana cazadora*, a la que arrojaron con interiores *ocultando* su desnudez. En el

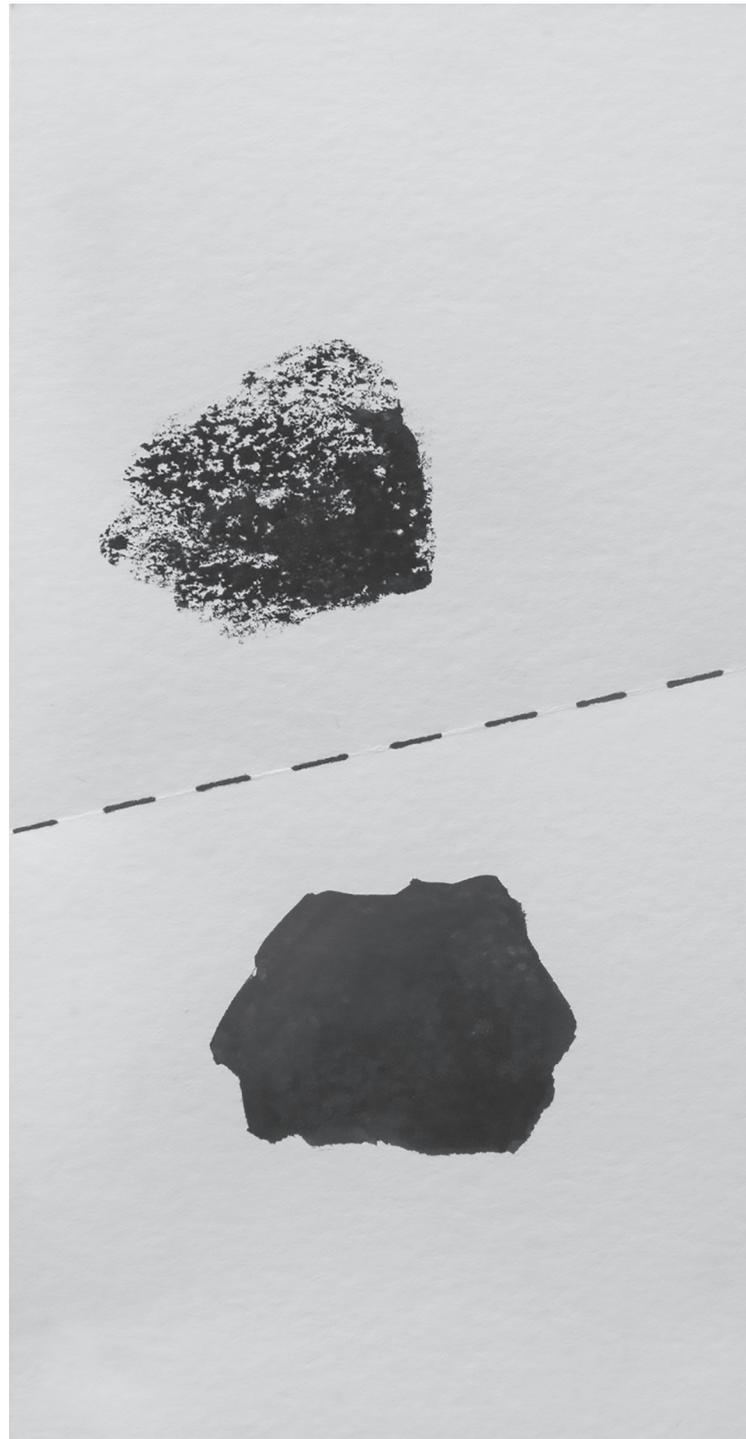
presente, la verborrea moralina continúa sus batallas interminables contra la educación sexual a temprana edad, los matrimonios igualitarios, amamantar en público, el aborto o cualquier derecho a decidir sobre tu propio cuerpo.

III. Centro Educativo Truper

Fiel a mi mismidad, seguí en mi faceta de polímico y en el desempleo, que en palabras de Jeremy Rifkin permite la reflexión y la emancipación. Allá por el mes de julio ya era fan del Museo Memoria y Tolerancia (MyT), debido a que su Centro Educativo Truper ofrece todos los meses cursos, conferencias y cine-debates.

Los cursos tienen un enfoque en derechos humanos. Abordan, por ejemplo, el arte, la diversidad sexual, el periodismo, la bioética, los feminismos, la violencia institucional, los derechos diferenciados, los movimientos sociales, construcciones filosóficas y literarias de los derechos humanos... En uno de esos cursos conocí a Nina. Estudia en la Ibero, en la UNAM y es una nerd, una nerd lindísima pero complicada. Estuvimos saliendo intermitentemente siete, ocho meses, quizá un poco más. Una noche me sentenció: “¿Podemos ir a cenar como gente normal, en un lugar normal?” La pregunta implicaba tener en cuenta el modo de pagar. Por fortuna, terminada nuestra cena, vislumbré que en los famosos Bisquets Obregón se podía liquidar con Puntos Bancomer: un “ahorro” más, una táctica para días venideros. Eso, o ir al comedor comunitario de diez pesos en la calle Puente Peredo número 14.

De la mano de Nina fui a una charla muy interesante en el Cenart (*vs. Las Economías Capitalistas Imperantes*). Nos mostraban la “desmaterialización” del dinero. Sólo el 3 por ciento del dinero del mundo circula a nivel población; el 97 por ciento restante está en manos de las bolsas de valores de forma virtual. Asimismo, nos dieron una embarrada de *¿Cómo podemos expropiar dinero a las entidades bancarias?*, un documento acerca del trabajo de Núria Güell y colaboradores, que muestra el proceso de los bancos para “crear dinero de la nada para ser prestado”; y la contraparte, expropiarlo y compartirlo: hacer utopía.



De la serie *Sombras de Tokyo, Ma #2* (detalle), tinta/papel, 15 × 10 cm, 2017



De la serie *Sombras de Tokyo, Ma #4* (detalle), tinta/papel, 15 x 10 cm, 2017

Nina me dejó un libro de culto (o que podría considerarse) para clarificar ideas: *El derecho a la pereza*, de Paul Lafargue.

IV. *El séptimo arte*

La oferta fílmica es impresionante en el Centro Histórico. Tanto, que se precisa de una organización discordante. Debes “conformarte” con asistir a cualquiera de las proyecciones disponibles o tener un gemelo que acuda a diferentes funciones en una misma fecha.

Un sitio que frecuento para entrar en la pantalla es el Museo de la Luz. Allí se conjuntan jubilados, comerciantes, indigentes y cerebros aún no descubiertos. A veces llegan los jóvenes de Prepa Sí, que mantienen encendido el celular y cuchichean al grado de que otros espectadores les han llamado “¡Animales!”.

El auditorio del Memoria y Tolerancia se volvió mi sala preferida. Personajazos tienen presencia en sus cine debates sabatinos: el tipo al cual todas las películas le parecen banales; el viejo de pensamientos difusos que llega treinta minutos antes de la función y se da la oportunidad de comentar la película tergiversando todo; la pareja que siempre toma el micrófono, ha roto relaciones y se sienta distanciada; el “amigo” al que tienes que presentar guiñando el ojo porque es un pesado; y Mario, que resultó “enamorado” en un santiamén. “Ella me buscó”, dice. ¿Se pavonea o se justifica?

Ver clásicos en pantalla grande del tipo *Barry Lyndon*, *Blade Runner*, literal, no tiene precio. O abrazarte a *La lengua de las mariposas* un viernes de nula asistencia (salvo la mía) en el Museo Casa Carranza y sumergirte conmocionado ante los “traidores, rojos, ateos, hijos de puta, criminales, anarquistas, cabrones, asesinos..., ateos, rojos, rojos, rojos, tilonorrincos, espiritrompas” que caminan dignos al cadalso.

El Goethe Institute-Mexiko, en la colonia Roma Norte, es otro de mis foros preferidos. Nunca imaginé ver ahí la comedia mexicana *No manches, Frida*. Y no la vi. Vi la versión original *Fack ju Göhte*, que me hizo reír muchísimo.

V. Intimidad

El finiquito expiró y subsistí con la “ayuda por desempleo” retirada de mi Afore; antes intenté hacerme del seguro de desempleo de la CDMX. Un fiasco y mucha burocracia. Para conocer los avances de mi trámite acudí a la Afore situada en el Centro Médico Nacional Siglo XXI, donde una biblioteca solitaria en la sala de exposiciones poseía un ejemplar de *Intimidad*. En cada visita, Osho me animaba con elocuentes manifiestos: “Si es amor real, no se piensa en el futuro, no existe ningún problema con el futuro. El mañana no existe para el amor real, no existe el tiempo para el amor real.”

Ningún amor para los apegos. Acabada la “ayuda” resistiría gracias al negocio que recién daba “frutos de mi esfuerzo”: la venta tercerizada de pulseras a las “amigas compratodo” de Heidam; rentar mi propio cuarto a través de Airbnb y dormir en el sillón.

Segundo año sabático, 2017: consumidor fallado en el mundo totalitario

Me convertí en un consumidor fallado, “esa mala hierba del jardín consumista, gente con poco efectivo, poco crédito o poco entusiasmo por comprar, y de todas formas inmune a los encantos del *marketing*”, como lo observara Zygmunt Bauman en *Vida de consumo*. Trato de consumir cultura (lo que no me exenta de ser parte de los individuos insatisfechos de la sociedad de consumidores) y he llegado, en ocasiones, a sentir “preocupación” si no tengo dinero que desembolsar para uno u otro curso.

Volví a Casa del Lago con un potente plus: la aparición de Constanza, una chica ojiazul u ojiverde, según mi daltonismo. Nuestra clase, El Juego Teatral, nos transportó a trabar amistad y a una primera cita.

Nos divertíamos charlando en su bar favorito, renombrado por nosotros como El Uruguayo (su nombre real era La Rambla). Tratábamos siempre de alejarnos de las cadenas de comida donde te atienden con amabilidad impostada. Frecuentemente usaba la tarjeta de crédito, pues puedes tener benefactores desinteresados —Diego, Mario, Heidam, la familia—, pero no ser vividor con los amores.

Para mis protectores hay muchos agradecimientos. “Hay cosas que nunca cambian” dice Heidam cada vez que me salva. “Ya sabes lo que pienso, debes desarrollarte como hombre y ciudadano” manifiesta Mario, que empezó como mi huésped y terminó siendo una especie de padre adoptivo. “Está bien, veo que la pasas chido y te diviertes” reconoce Diego, que al principio fue reacio a mi seudohipismo. “Estás en edad de producir”, la máxima de mi madre que tiene diferentes interpretaciones. Producir para uno mismo, sin plusvalía, según el ideal marxista.

Gracias a Constanza, una fuerte imagen sigue en mi cabeza: “No se puede estar lavando platos toda la vida.” Tuve muchos instantes memorables con ella y me dio un obsequio genial: la novela gráfica de Guy Delisle, *Pyongyang*. Antes, le había comentado sobre *Día de la Independencia*, un documental de la gira del festival Ambulante que muestra las peripecias de Laibach (banda de música industrial, lo que sea que eso signifique) en la distópica Pyongyang, durante la planeación de su concierto.

La *Pyongyang* de Guy es alucinante en esta época en que la capital de Corea del Norte, segundo a segundo, aparece en los *mass media* y bajo amenaza por las hordas de Trump. Por otra parte, en la era Bush, el comediante político y descendiente de palestinos Dean Obeidallah rogaba en el *Axis of Evil Comedy Tour* que los norcoreanos fueran los nuevos negros (reemplazando así a los “enemigos” árabes, personas del medio oriente y musulmanes), y que para lograrlo le diría a Bush que Kim Jong-il tenía toneladas de petróleo en su cabello.

Mis intereses por *Pyongyang* —la historieta— y la caricatura me volcaron a intentar mis primeros dibujos. Volví al Centro Cultural de la SHCP para hacer trazos de figura humana y a la Biblioteca de México a desnudar a Rulfo. A cien años de su nacimiento, miles de eventos tenían lugar por doquier para recordarlo. Nos adentramos en sus influencias: Selma Lagerlof, Knut Hamsun, Kafka. *El carretero de la muerte* señalaba: “Entre los hombres no se ve otra cosa que injusticias y decepciones; un reparto desigual de trabajo inútil y de desorden. Sus miradas no penetran en el más allá lo suficiente para descubrir el sentido de la vida terrestre.” *Hambre* y *La colonia penitenciaria* acompañaban al carretero.

Como ratón de la Biblioteca de México, pero sin siquiera entrar a las Bibliotecas Personales, me apunté al taller de ajedrez que está cumpliendo veintiocho años de vida, y a las enseñanzas de Sandra Félix para imberbes interesados en la actuación, que se prolongarán hasta noviembre.

Últimas andanzas

Faltan veintidós prolongados días para que termine agosto y estoy concentrado en la crónica. Me ocupa más escribir que resolver mis asuntos financieros de septiembre. Es dudoso cubrir los nuevos gastos. Mi *roomie* se va con su patrimonio, refrigerador, estufa, sala-comedor. El monto de hospedaje del único huésped que ha reservado es ínfimo para completar la renta del cantón. ¿Hay espacio para encontrar salvación? Ojalá. De lo contrario “el holgazán” corre el riesgo de trabajar. Quizá deba esforzarse, pero teme que su salud se deteriore. Necesito un mecenas o una madrota, definitivamente.

Recién presentaron *Un enemigo del pueblo* en el único centro cultural de La Lagunilla, el MH-35; para la ocasión, un escenario improvisado en un corredor de cuatro metros de ancho. No se necesita tanto para incidir en la gente. Después de su lucha contra el “cuarto poder”, el doctor Stockmann concluyó “que la base de nuestra

vida moral está completamente podrida, que la base de nuestra sociedad está corrompida por la mentira”. De su lucha consanguínea maldijo a los “plebeyos morales”, que sean ricos o pobres “piensa(n) lo que piensan sus superiores, porque opina(n) lo que opinan sus superiores”. Un clásico es atemporal y desde 1833 el estado de cosas no ha sido contundentemente alterado.

La mayoría nunca tiene la razón

El doctor Stockmann experimentó otros hallazgos:

“El hombre más poderoso del mundo es el que está más solo.” Los vínculos, las cosas y las personas se me van. A veces regresan en otras formas, en otros momentos, cuando he cambiado o han cambiado. No detener a lo que tiene que —o quiere— irse sirve para aterrizar en otros aeropuertos.

“La mayoría nunca tiene la razón.” Ignorar mi carrera universitaria y abandonar mi trabajo en la industria farmacéutica ha sido lo mejor que me ha sucedido en los últimos años. Ejercer el ocio y vivir al día sin complicaciones monetarias es posible por un lapso. Vivir sin un peso también lo es, aunque exista un riesgo inminente: reintegrarte a la esclavitud laboral, volcarte en la animalidad, perder la autoconciencia y trabajar para comer. **P**

Leonardo Tabares Suárez (Guadalajara, Jalisco, 1984). Tiene un título de ingeniero farmacéutico.

Aprendiz de barista

Xóchitl Rivera Beltrán

SEGUNDO PREMIO

Don Carlos

Le doy los buenos días; temblorosa, le acerco el cenicero y la azucarera.

—Era más alegre cuando vivía su esposa —me dice Luisa en voz baja.

Le preparo el primero de sus tres americanos cortos. El Kfe Maya es casi su sala, aquí recibe a sus visitas. Descubro que al quitarse las gafas, don Carlos es otro. El que las porta hace muecas y se queja de mi falta de experiencia, pero el que no las lleva, agradece el servicio y deja la propina sobre la mesa.

Día a día comprendo la cantidad justa de café y las distancias; la caída del expreso y el saludo adecuado. Envuelto en el humo del cigarro, Don toma su café tranquilamente; no tiene prisa ni pereza.

— ¿Qué es lo que le pones de la jarrita?

— ¡Ah!, el *espresso*...

Por primera vez, don Carlos observa cómo preparo su bebida.

Nuestro menú: lo dulce, lo salado y lo que va de ambos

I. Silvia

Silvia llama cada tercer día. Me da los buenos días y me pregunta cómo estoy. Su voz es dulce como sus pasteles. Yo le devuelvo el saludo, le pido que me espere unos segundos y reviso cuántas rebanadas nos quedan: “Entonces llamo pasado mañana” o “te llevo uno al rato”, responde. Le deseo bonito día y cuelgo el teléfono alegrada del milagro que es, aun a la distancia, saludar a alguien.

II. Los Insufribles

Creen saber de café. Lo aprueban o lo reprueban, se quejan o se molestan: “más caliente, más espuma, más agua, más carga, más rápido...”, más, siempre más.

El té de azahares se ha enfriado. Ha sido el único testigo apacible de su estancia y del café quemado.

III. Inquilina busca un cuarto

Tiara sonrío con sus ojos y pelo enroscado: Pamela está por llegar. También aparecen las barbas plateadas de Coco.

—Hola, ¿cómo estás? —la saludo con una sonrisa, mientras me lavo para hacer su capuchino—.

—Lo de siempre, por favor—. Al igual que yo, Pam se ha encariñado con la colonia Álamos. Su casero le pidió el departamento. A través de la espuma, sus labios sorben el capuchino con nostalgia.

Nos despedimos. Se alejan por el parque y los pierdo de vista. Tiara y Coco ignoran la mudanza que se aproxima.

IV. Té de toronjil

Mis párpados apagan la luz que baña las mesas. El toronjil recorre mi lengua para dar abrigo al ensueño. ¿Tú, cuándo vendrás?

Luisa

No hay en su gesto un milímetro de estrés. Va y viene alrededor de la barra, prepara alimentos, sirve bebidas, cobra o limpia las mesas. Su inocencia hace de la falta de tacto un sarcasmo que los clientes consideran simpático. Baristas van y vienen, pero es difícil imaginar el Kfe Maya sin ella. Aunque su cuerpo no indica fortaleza, lleva algo dentro que jamás se ha roto.

Los clientes llegan y ella toma el mando de este barco de vapor que es la máquina de expreso. Trabaja para su hija y su familia; para viajar a Japón, España o Italia. Su tierra, Acteal, se aloja en este rincón de Cádiz 152, en los lecheros y cortados, en los americanos y capuchinos. “Aunque tenga dinero yo voy a seguir trabajando porque me gusta, me gusta esto que hago”, me dijo la última vez que platicamos.

Entonces entendí por qué negó con la cabeza el día que vi lágrimas en su rostro y le ofrecí quedarme a cubrirla. Hay asuntos más importantes que uno mismo, así se trate sólo de preparar bien el café.

“¡Ya vete!”, me decía con ese sarcasmo suyo. Camino hacia metro Viaducto y aún la veo moler el grano y extraer los expresos.

Adiós al Maya

Un té de menta abrió la mañana de este sábado. Continué con un café hacia el mediodía y cierro la noche con vino tinto. Rojo Elefante, un negocio amigo, festejó su aniversario en el Maya. Nunca había visto el café tan lleno ni a mí tan atareada. Las mismas sillas que alojaron a los invitados nos miran brindar al terminar la noche. Siento nostalgia en mi garganta, pero me concentro en la cercanía de Luisa y en el sabor del vino; en el silencio de esta colonia que duerme...

El cansancio aparece hasta que abordo el vagón del metro, como si hubiera esperado con ansia manifestarse en el cerrar de mis párpados y en mi cuerpo somnoliento.

La Anzures y el catador disfrazado

El bosque de Chapultepec oscurece a los gigantes de Reforma, cuyos elevadores iluminan débilmente sus entrañas. Por todos lados hay oficinas. Prosigo sobre Leibnitz y luego por Gutenberg hasta Shakespeare. Me detengo en Ejército Nacional: Sindicato Café y la Anzures son mi nuevo hogar.

Ahora preparo café a los que no tienen tiempo de tomarse uno. El servicio a domicilio no me permite saber si su café se ha enfriado, si no les gustó o si lo han disfrutado. Me pregunto si Óscar, uno de nuestros clientes, vendrá un día a Sindicato para vernos preparar sus bebidas.

El *coffee break*

Talía trabaja en su casa y viene a Sindicato de vez en cuando. Amante del café, ha asistido a catas y a fincas en Huatusco, Veracruz, origen del café que aquí se sirve. Me mira prepararle un Flat White, esa pequeña bebida que inventaron los australianos: un poco de leche y dos expresos.

Dos semanas más tarde, Óscar llega a Sindicato. Mi compañera y yo le ofrecemos la degustación del menú, que incluye tres diferentes granos. Él nos habla de los cafetales en Puebla, de los problemas al lidiar con grandes empresas o con el maestro tostador; de su experiencia montando una cafetería y de las diferencias entre el café veracruzano y el chiapaneco. La imagen del señor sin tiempo se borra con el humo de la taza y sus palabras. Cuántas historias guardarán las oficinas.

Barista de oriente

Las calles de la Anzures llevan nombres de científicos y poetas, de filósofos o de escritores; las del oriente de la ciudad, de donde provengo, fueron bautizadas con nombres de árboles. Yo vivo entre Encinos y Pirules, en la frontera con las calles de Neza, que llevan nombres de canciones. 📍

Xóchitl Rivera Beltrán (Ciudad de México, 1992). Estudió Psicología, con especialidad en el área Social, en la Facultad de Psicología de la UNAM y actualmente es estudiante de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma institución. Practica danza butoh y trabaja como barista en Sindicato Café. En 2014 obtuvo el segundo lugar en el concurso de cuento del XI Coloquio Estudiantil de la Licenciatura en Letras Clásicas y en 2016 el primer lugar en el II concurso de calaveritas literarias La muerte Intercultural, ambos organizados en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

De la serie *Sombras de Tokyo, Ma #8*, tinta/papel, 15 × 10 cm, 2017



Xochimilco es un lago de fuego

Héctor Ríos González

TERCER PREMIO

Es sábado. Son las primeras horas de la madrugada en Xochimilco. Sobre el lago puede verse a Julieta avanzar con lentitud. A unos metros, tras ella, la siguen Carmen, María y Gloria. Aunque semeja una procesión, se trata en realidad de un viaje en el que, abordadas por noctívagos, estas trajineras se internan por el enorme canal hasta perderse entre la noche líquida.

Sucesoras de las canoas prehispánicas, las trajineras siguen siendo el principal atractivo para los visitantes del lago de Xochimilco y sus más de 189 kilómetros navegables.

Estas vías acuáticas han sido testigos silenciosos de visitantes diversos: por estas aguas surcaron las naves de Hernán Cortés buscando conquistar las poblaciones cercanas a Tenochtitlán; Alexander von Humboldt, al navegar por este canal, tuvo el privilegio de perderse mientras, seguramente, disfrutaba de la sorprendente vista que los ahuejotes, el ajolote o la ninfa salmonada brindaban a su incansable curiosidad.

En la actualidad son otros personajes los que surcan por estas rutas acuáticas. Familias enteras, numerosos jóvenes, parejas y turistas nacionales y extranjeros abordan diariamente una de las más de dos mil trajineras que, repartidas entre los ocho embarcaderos de Xochimilco, realizan paseos por este canal tradicional.

Dispuestos a escapar del monstruo citadino, los pasajeros de estas coloridas naves parten buscando el esparcimiento en la celebración pantagruélica, en la expedición etílica, en el devaneo amoroso e, incluso, en la extrañeza que produce visitar la isla de las muñecas, ínsula en la que numerosas muñecas mutiladas cuelgan de los árboles.

Regido por la ley de la oferta y la demanda, el costo por llevar a cabo el periplo varía dependiendo de las horas que uno decida pasar a bordo de estas embarcaciones. Aunque la tarifa por hora que aparece en la página electrónica de la delegación Xochimilco es de quinientos pesos por trajinera, se termina ajustando el precio mediante el regateo que, como se sabe, es ganado por la labia más afilada. El pago se hace de contado al encargado de las trajineras, quien recomienda la renta de al menos dos horas pues, desde su óptica, ése es el tiempo mínimo para disfrutar con calma del paisaje de los canales. Si se prefiere puede pagarse en los sitios electrónicos que algunos embarcaderos ofrecen, con la posibilidad de elegir paquetes de hasta cinco horas y media que rondan los dos mil pesos.

Si por alguna razón el bolsillo del viajero no se encuentra condescendiente, o de plano considera abusivo el importe, pero insiste en cruzar los canales, existe la opción de abordar en el embarcadero Salitre las lanchas colectivas que cobran treinta pesos por persona el viaje sencillo y sesenta el redondo.

Zanjado el asunto de los dineros, los xochinautas se acomodan a lo largo de las veinte sillas que tiene cada trajinera, cuyo costo, si se desea comprar nueva y lista para la navegación comercial, oscila entre los ochenta y los cien mil pesos (mismos que cubren los permisos expedidos por las autoridades para poder brindar servicio).

Si han sido precavidos, los pasajeros llevarán alimentos y bebidas adquiridos en el mercado de comida; si no, no habrá problema pues en el transcurso del viaje se acercarán canoas ofreciendo barbacoa, chicharrón,

guacamole, quesadillas, elotes, esquites, dulces típicos, refrescos y cervezas.

Sin embargo, no siempre fue así. A principios del siglo XX las aguas del canal eran poco visitadas; las canoas eran angostas y la gente que subía a ellas tenía que permanecer de pie a lo largo del viaje. Conforme pasó el tiempo y el canal de la Viga fue clausurado, Xochimilco se convirtió en el principal sitio de esparcimiento lacustre y comenzaron a surgir fondas y restaurantes a las orillas del lago. El paisaje cambió y las trajineras con él: de tener pocos centímetros crecieron hasta alcanzar el uno punto ocho metros de ancho por siete de largo, y una altura de brazos de sesenta y cinco centímetros.

Sobre el fondo de las embarcaciones se acomodaron mesas y sillas. Se agregó un techo, primero de tela y luego de lámina para cubrirse de las inclemencias del tiem-

po, así como una media luna de flores naturales que formaban un nombre femenino. Después de ser bautizadas, quedaban listas para la travesía.

Así, un ejército de Marías, Juanas, Candelarias, Teresas, Adrianas y Guadalupe se adueñaba de las entonces transparentes aguas de aquel paraíso. En la actualidad, algunos de esos nombres han sido desplazados por otros en inglés, e incluso, por el nombre de la operadora de turismo que las renta. Desde entonces conservan su colorido, con la excepción de que ahora sus nombres van teñidos con una pintura acrílica que resulta más barata y duradera que las flores.

Instalado en el transporte, el viajante de estas aguas tiene la posibilidad de escuchar música en las grabadoras o bocinas que se rentan en las tiendas o vinaterías de los alrededores, o bien, si sus posibilidades lo permiten,



puede contratar a los músicos que, a bordo de otra trajinera, interpretarán desde música para marimba hasta mariachi y música norteña.

Si lo prefiere, puede conversar con sus acompañantes o, mejor, con el remero de su embarcación, y de paso enterarse de las estampas más extravagantes o ridículas suscitadas en la historia reciente de este lago.

Ártico Jiménez, remador de treinta y ocho años y oriundo del barrio de San Francisco Caltongo, relata: “Desde los 11 años aprendí a remar, es más de maña que de fuerza”, dice mientras sumerge el remo de cuatro metros sin dificultad. Cuenta cómo el paisaje ha cambiado. “Hace muchos años, mi abuelo sacaba del lago pescado, ’ora nomás sacas basura, botellas de vidrio y plástico.”

Y es que el descuido y la contaminación del lago han puesto en peligro el nombramiento de Patrimonio Cultural de la Humanidad que la UNESCO otorgó a Xochimilco en 1987. Por ello, se evita que se comercialicen las chinampas en negocios ajenos al turismo ecológico.

“Se nos capacita para tratar al visitante pero a veces no se puede; cuando suben puros muchachos se embriagan y luego no se esperan y quieren orinar en el lago”, relata Ártico mientras sacude enérgico el brazo izquierdo.

Sin embargo, los viajes tienen también su lado amable. Con un vaso de tequila que le han ofrecido, la lengua del remero empieza a aflojarse: “Claro que me ha tocado de todo, algunos me invitan comida y chupe, como ahorita; aunque otros de plano ni agua, eh, no creas... Sí, como te decía, hay días, o más bien noches, en que se sacan hasta dos mil pesos, con todo y propina. En la semana está pesado porque casi no hay gente, pero cuando hay, se arma la machaca. Además puedo escuchar mariachis, que es lo que a mí me gusta. A veces ha pasado que hasta me invitan a darme las tres, pero les digo que no, si no imagínate, nos pasa como el chavo ese que se ahogó.”

Se refiere al año de 2014, cuando cuatrocientos estudiantes de entre dieciocho y veintiséis años de edad

alquilaron veintitrés trajineras en el barrio de Nativitas. Con la finalidad de ir al mismo paso, amarraron cinco trajineras y una se fracturó debido al sobrecupo que llevaba; más de cien estudiantes cayeron al agua y, según reportes de la Secretaría de Seguridad Pública, sólo un estudiante de veinte años murió.

“Por eso ves que ahora está la policía ribereña patrullando en sus botes. Pero ni así... Acá entre nos, dice mientras se empuja su tercer trago, la banda sigue echando desmadre. Es más, te voy a hablar al chile: desde el mismo embarcadero se mueve la venta de droga, ahí se les acercan, sobre todo a los morros, para venderles y luego ya en las trajineras... la pura fiesta, papá.”

Respecto a la venta de droga, el jefe delegacional, Avelino Méndez Rangel, ha declarado a los medios que se ha detectado la comercialización de sustancias prohibidas en los embarcaderos de Nativitas y Caltongo. Reconoce también que la mitad de la población xochimilquense se ve afectada por la venta de droga, la cual es manejada por el cártel de Tláhuac.

“Es como todo, cuando vas con familias está tranquilo, los llevas a las chinampas, a sus invernaderos, al Museo del Ajolote o, si son más valientes, a la isla de las muñecas, que te digo una cosa: si vas a gastar para ver algo bueno, así cultural, mejor espérate a noviembre, cuando se hacen las procesiones y se puede ver *La leyenda de La Llorona*. Se pone muy concurrido. Más cuando oscurece. Todas las trajineras llevan sus veladoras encendidas. Todo el lago se ilumina, hasta parece de fuego.”

Antes de bajar de la trajinera y terminarnos los tragos, Ártico me cuenta la ocasión en que, una madrugada, cierta pareja le pidió que los llevara a un sitio lejano y silencioso. “En cuanto vieron que estábamos lo suficientemente lejos de los demás se abalanzaron: agarraron de hotel la trajinera sin importar que yo estuviera viéndolos desde una chinampa y a tan sólo unos metros. Andaban bien calientes.”

Héctor Ríos González (Ciudad de México, 1974). Escritor y editor. Licenciado en Letras Hispánicas, especialista en literatura mexicana del siglo XX por la Universidad Autónoma Metropolitana. Fue becario de FOCAEM (2013). Es docente investigador de literatura en el Instituto de Educación Media Superior. Dirige la revista *¡Emergencia! Narrativas Inestables*.



Suiseki

Christian Barragán

Ma

Javier Peláez

Tokyo, 2017

Quizás, en alguno de los bolsillos del señor Gustave Courbet, ocultos a la vista del espectador, haya una pequeña piedra recolectada durante el camino que emprendió una mañana al salir de su casa provisto de un estudio de pintura portátil que carga a cuestas en busca de un paisaje del interés de su mirada naturalista y que desde hace más de ciento cincuenta años quedó interrumpido por un saludo. No lo sabremos, sin embargo, la certeza del artista moderno viajero ha sido consignada definitivamente. Lejos de la reclusión del taller, el pintor ha decidido salir al mundo, recorrerlo y ser sorprendido por cuanto se le presente durante su deriva. Una preocupación lo angustia, mirar de frente aquello que el lienzo o el papel testificará al ser mirado.

*

Compuesta por una veintena de postales de quince por diez centímetros, *Ma* es la obra más reciente del artista Javier Peláez (Ciudad de México, 1976). Iniciada el otoño pasado, esta serie en proceso de *collages* y dibujos es el resultado de una residencia de producción en Tokio, Japón, auspiciada por el patrocinio del programa Casa Nano, dependiente del proyecto Casa Wabi. A petición expresa, Peláez envió semanalmente desde oriente una postal ya existente que era intervenida por él con gestos azarosos e inciertos, donde la elección cromática es errática y la recurrencia de figuras cliché (un tigre en salto, el mar delante del monte Fuji, la caída de flores y hojas presumiblemente de cerezo) devienen anómalas en comparación con la posterior obra; en la actualidad, estas cinco primeras obras se resguardan en el archivo particular de la plataforma que gestiona la residencia y se consideran un apéndice del cuerpo de *Ma*. A partir de este hecho fortuito, Javier Peláez decidió configurar su experiencia dentro y fuera del taller por medio de estas pequeñas y meditadas vistas, aunque esta vez usando papel virgen al cual aplicó exclusivamente tinta de color negro, como si de un puñado de guijarros se tratara: presencias sutiles, adecuadas para llevar dentro de un bolsillo y aprehender en una mirada furtiva.



De la serie *Sombras de Tokyo, Ma #6*, tinta/papel, 15 x 10 cm, 2017

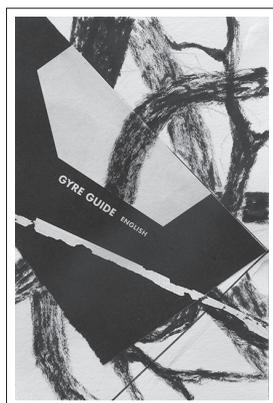
p. 72: P.5., transfer y polvo de carbón/MDF, 40 x 30 cm, 2017

*

Fue Henri Michaux, solitario y sombrío poeta, quien declaró que para comunicarse en Oriente es absolutamente necesario saber dibujar. Fue él, también, excepcional dibujante que dejó tras de sí un breve y consistente legado de su paso por Asia, en el cual una voz salvaje y frenética nombra paisajes habitados por la velocidad, el ensueño y la angustia. Reconocido como una figura ejemplar del Tachismo (sitio que comparte con otro raro: Pierre Alechinsky), Michaux mudó de la palabra al grafismo en un intento de nombrar el mundo, el mundo exterior, natural y real de Gustave Courbet, pero igualmente aquel otro, interior, sugerido por el silencio y la fantasía, milagroso y miserable a un mismo tiempo, infinito y turbulento. Sin firma al calce, cada uno de sus dibujos mancha es el lugar propicio del encuentro, acaso más un grito que un cordial saludo, donde el lenguaje visual y escrito se baten como las olas del mar durante la noche o semejante a parvadas al abandonar su guarida hacia el atardecer: “Tal es su canto, un alarido que traspasa el silencio”.

*

En el antiguo Oriente, el poeta tenía la encomienda de elegir entre la naturaleza innumerable una piedra y otorgarle un único nombre. Con este rito expresaba su anhelo de fundar un mundo por medio de la palabra, representaba asimismo la posibilidad de entablar un diálogo, tal vez con su lejano interior, o tal vez con aquel llamado “a la puerta de una piedra” en voz de Wislawa Szymborska. Ante este hecho, Javier Peláez dispersó una estela de obras donde se despliega la suma de encuentros que se suscitan en su estudio bajo la advocación de una misma inquietud que hasta ahora los poetas han expresado cabalmente: *Quiero penetrar en tu interior, / echar un vistazo, / respirarte.* [Szymborska]; *He visto salir chispas / cuando dos piedras se frotan, / así, quizás, dentro no esté oscuro después de todo; / quizás haya una luna que brilla / desde alguna parte, como detrás de una colina, / suficiente luz para descifrar / los extraños escritos, el mapa de estrellas / en las paredes interiores.* [Charles Simic]; *Pensaste en cambio: de las piedras / se arrancan las palabras, de la minúscula entraña / de las cosas calladas.* [Claudia Masin].



De la serie *Sombras de Tokyo, Ma #11*, tinta y collage/papel, 15 x 10 cm, 2017

*

Si bien dentro del conjunto de postales que constituyen *Ma* es reducido el porcentaje de aquellas que están regidas en *collage*, se conserva en cambio en la totalidad de éstas un mismo principio propio de esta técnica, la yuxtaposición. A diferencia de artistas como Nakazawa Hiromitsu, Sakenomitei Kudamaki y Sugiura Hisui, quienes pertenecen a la tradición del arte postal japonés surgida en 1870 y consagrada en las primeras décadas del siglo XX con el pintor y profesor Wada Eisaku al frente, los dibujos postales de Peláez se distancian determinantemente de las composiciones de aquellos en las cuales domina el uso de imágenes en un sólo plano, así como el empleo de color sólido en grandes áreas y la prolijidad de los contornos claramente recortados y definidos, en perfecta armonía el blanco vacío de la superficie y el oscuro perfil dispuesto. Aun la lúdica obra de Tadanori Yokoo escapa de la búsqueda del artista mexicano, pese a la profunda admiración e interés que profesa por la obra del reconocido maestro octogenario. Un ambiente de irracionalidad o absurdo en la narrativa, de conflicto y tensión entre los elementos extraídos del mundo más la saturación de líneas, manchas y figuras inusuales, hace que la obra de Javier Peláez permanezca en un estado de suspensión, semejante a un trance, mas a punto de estallar. O quizá el estruendo ha sucedido y sólo contemplamos los fragmentos dispares de una visión múltiple y angustiante.

*

Coming and Going (1987) es una pintura de gran formato del artista estadounidense David Salle. La obra se encuentra dividida en tres paneles: el primero es un rectángulo horizontal y delimita la longitud del cuadro, en éste se observan cuatro objetos disímiles e inconexos, destacan una vela azul encendida, un busto gris de Alberto Giacometti y un cuenco antropomorfo rojo; el segundo rectángulo es más proporcionado y se sitúa en el lado izquierdo inferior, ahí una escena de un bar en tonos grises es cubierta por una veladura floral cobalto que a su vez está subordinada por un ojo, posiblemente *L'oeil* (1969) de René Magritte; por último, el rectángulo vertical inferior derecho es el de menor tamaño y contiene un desnudo femenino recostado en escorzo. En homenaje al título del cuadro de Salle, la mirada del público recorre frenéticamente de un extremo a otro la extensión de la obra, la atención salta del contraste entre el amarillo y el morado, al rojo enfrenteado al verde pálido e, incluso, da de pronto con el más dominante y discreto, el azul filigrana y el naranja pardo. Viniendo y yendo, los fragmentos del relato arrojados por Salle se reconfiguran debido a un ritmo sugerido por la superposición de las partes. Entonces se descubre que la extrañeza de un ejercicio así no radica en la obra misma, como en la urdimbre que ésta dibuja en la mirada y el pensamiento de quien la contempla. Otra obra suya de ese mismo periodo se intitula, coincidentemente, *Landscape with Two Nudes and Three Eyes* (1986). Las resonancias se multiplican azarosamente a ambos lados del diorama pictórico.



De la serie *Sombras de Tokyo, Ma #13*, tinta y collage/papel, 15 × 10 cm, 2017



De la serie *Sombras de Tokyo*, *Ma #16*, tinta/papel, 15 × 10 cm, 2017

*

Ma es un término que además de denotar vacío o ausencia, sirve para indicar el espacio que media *entre* dos presencias, concretas o intangibles. *Ma* es la expresión justa para evocar el silencio que antecede a la palabra o cualquier otro sonido, como en la música lo es el intervalo. *Ma* es también el blanco del lienzo o pliego crudo dejado intencionalmente al descubierto por el artista en la estructuración de un dibujo o una pintura. *Ma* es la alfa en el alfabeto que relata al mundo, la página en blanco de los poetas; es la espera, la asimetría en equilibrio y la zozobra del artista al abandonar su refugio y acometer el viaje que le acercará hacia su Ítaca personal.

*

Colección de postales sin destinatario, cada uno de los dibujos concebidos por Javier Peláez juega el doble propósito de ser el testimonio de su andar y la posibilidad, ojo al acecho, de errar lejos de su remitente. Colección de minucias, cada postal que integra *Ma* es una minúscula piedra transmutada en un paisaje por descifrar. **P**

Christian Barragán (Ciudad de México, 1985). Curador independiente y coleccionista de arte emergente. En 2009 fundó BaCO Ediciones, proyecto gráfico de arte contemporáneo. Ha organizado exposiciones en espacios independientes, galerías e instituciones como La Trampa Gráfica, Atea, IMesIArtista, Arróniz Arte Contemporáneo, Drexel, Sismo, Ladrón, Heart Ego, Polyforum Siqueiros, Centro Cultural Border, Galería Libertad, Museo Arte Carrillo Gil, Museo Nacional de la Estampa, Museo de Arte de Sonora, Museo de Arte Contemporáneo de Yucatán, Facultad de Artes y Diseño (UNAM), Embajada de México en Berlín (SRE), entre otros. Textos suyos se han publicado en las revistas *Tierra Adentro*, *Luvina*, *Crítica*, *Metapolítica*, *Periódico de Poesía*, *Punto de partida*, *Alforja*, *La Jornada Semanal*, *Terremoto* (blog), *Arte al Día México*, *Círculo de Poesía*, *Gas.tv*, *Mula Blanca* y *Nota al Pie*. Fue integrante del consejo de redacción de las revistas literarias *Literal* y *Viento en Vela*, así como del consejo lector del International Board of Books for Young People (IBBY), capítulo México. En 2008 recibió el III Premio Nacional de Poesía Joven Gutierre de Cetina (Puebla); en 2014 realizó la curaduría de *Fractal, Encuentro de Arte y Diseño* (Festival Internacional de las Culturas del Caribe, Cancún); en 2015 fue coordinador de la galería Diagrama. Es coautor de los libros monográficos *Sobre la pérdida* (Secretaría de Cultura, Querétaro, 2017) del artista Gustavo Villegas, y *Javier Marín. Zonas oscuras* (Terreno Baldío Arte, 2017). Es curador del DVD *El oro del tiempo* (Lalulula.tv-Satélite, colección RipMix&Burn, 2017).

Nuevos cronistas de Indias

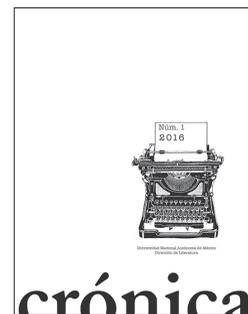
Esteban Contreras Vázquez

Felipe Restrepo Pombo,
Crónica,
 Dirección de Literatura/UNAM, México, 2016, 394 pp.

El colombiano Felipe Restrepo Pombo se ha dado a la tarea de antologar un conjunto de crónicas publicadas en los más reconocidos medios editoriales de América Latina (*Gatopardo*, *Etiqueta Negra*, *El País*, *Letras Libres*, *SoHo*, *El Malpensante*, *National Geographic*) en el volumen número 1 de *Crónica*, proyecto de la Dirección de Literatura de la UNAM, bajo el criterio de que un cronista haga la selección de lo que considere mejor y más representativo del periodismo narrativo. Desde el año 2003 hasta el 2015, cada una de las piezas de este libro da cuenta de la realidad política, económica, social y cultural del subcontinente americano. Es el caso del narcotráfico, los desastres naturales y la migración; sin embargo, no todo es denuncia social, ya que el lector encontrará relatos en que el asunto principal es la vitalidad del ámbito cultural: la literatura, la danza y los deportes.

Antes que nada, debemos dejar en claro la semejanza de este género tan fascinante con el reportaje, el rey de los géneros periodísticos. Si bien hay quien ha considerado a ambos como parte de un mismo género —lo que hay de cierto es que la crónica y el reportaje son géneros híbridos—, esto es porque se valen de la documentación e indagación de todo tipo de fuentes, así como del uso de los recursos y técnicas literarias, mas se diferencian en que en el reportaje impera la necesidad de traer a colación el dato duro y certero, mientras que la crónica suele ser más lúdica en cuanto a la descripción y narración literarias. Como apunta Felipe Restrepo en el prólogo: “Acá la actualidad está narrada con la precisión de la literatura”, hecho que permite demostrar la riqueza descriptiva de cada situación que se propone develar, puesto que la crónica es la literatura de no ficción. Precisamente, algunos de los recursos que comparten las diecisiete crónicas de largo aliento del volumen son la descripción, la narración y el diálogo —propios de los textos literarios—. Así, la apuesta del antólogo va encaminada a mostrarnos la variedad de estilos del periodismo de color de nuestros cronistas.

Mencionamos arriba que una de las temáticas es la del narcotráfico —pan de cada día de los medios de comunicación—. Es con los cronistas mexicanos con quienes



esta problemática encuentra a sus mejores exponentes. Valoremos tres crónicas en las que vemos reproducida esa realidad y que nos demuestran el desinterés de las autoridades por resolver un problema que obviamente se les escapa de las manos.

En la primera, la que da inicio a la selección, “Carta desde La Laguna”, el mexicano Alejandro Almazán hace un recuento pormenorizado del origen y disputa entre el cártel de Sinaloa y el de los Zetas por el control de la zona metropolitana de La Laguna, en Torreón, Coahuila. Destaca la voz narrativa en segunda persona con que el autor busca ofrecer una sensación de extrañamiento al andar al paso a través del Cerro de la Cruz. Los testigos revelan el estado de descomposición de una población: “No te voy a mentir [...] Bendito Dios, nos llegan uno o dos muertitos al día”, dice el encargado de una funeraria.

Mientras, en “La batalla de Ciudad Mier”, Diego Enrique Osorno, cofundador de la Agencia Bengala, reproduce la devastación de una ciudad fronteriza originada, en este caso, por el cártel del Golfo y el de los Zetas, y donde la sociedad civil lleva la peor parte: “Cadáveres tirados, harapos ensangrentados, esqueletos de camionetas calcinadas, miles de cartuchos percutidos y militares peinando la zona [...]”. Osorno sabe que nuestros cronistas encuentran en estos sucesos una de las identidades enmascaradas de nuestro país, misma que es ocultada por sus gobiernos estatales y federal.

Leemos a la defenida Magali Tercero con “Culiacán, el lugar equivocado: vida cotidiana y narcotráfico”. Sórdido retrato del estado en que se encuentra la ciudad cuna del narcotráfico. Puntualiza los hechos a partir de su propio yo, introduciéndose en las calles y lugares frecuentados por el narco. Su punto de vista se centra en la coincidencia de la gente en una frase: “Preferible vivir un día como rey que toda la vida como buey.” Surgen los testimonios de las mujeres que han perdido a sus hijos y de las organizaciones sociales que han sido amenazadas por pretender buscar a sus familiares.

Por otra parte, están las crónicas que se ocupan de las vicisitudes de la vida de ciertos sujetos. Los periodistas se proponen contar la historia de los personajes a quienes por ventura les tocó un destino increíble o trágico o injusto. En esta tónica se ubica el informe que hace Martín Caparrós (acaso el periodista más importante de Argentina): “Víctor Hugo Saldaño. La muerte lenta”, donde da a conocer la entrevista que hizo al recluso del pasillo de la muerte, Víctor Saldaño, en una cárcel texana. Retrospectiva del argentino que ha sido condenado a muerte con inyección letal y que permanece al día de hoy en espera de su ejecución. Puesta en perspectiva del sentimiento de impotencia al saber que nada depende de uno mismo.

En cuanto a “Historia de un homicidio cualquiera”, somos testigos del paradero último del cadáver de “El Flaco” en una sala del Instituto Nacional de Medicina Legal de Bogotá. Indagatoria de la muerte supuesta a un ajuste de cuentas. Su autor, Andrés Felipe Solano, describirá la repugnancia que le provoca ser partícipe de la autopsia practicada y nos llevará a reflexionar sobre la ardua labor de los médicos forenses.

En “La maravillosa vida breve de Marcos Abraham” —eco cercano de *Relato de un naufrago*, de García Márquez—, nos enteramos del viaje que realizó como polizón un dominicano que, en su intento por escapar de su patria hacia Estados Unidos, sin

quererlo llegó a Argentina. La apuesta de su narradora, la argentina Josefina Licitra, es narrar y dar lugar al testimonio de un hombre sencillo que como muchos busca el sueño americano.

Llegamos hasta Perú y leeremos una noticia que dio la vuelta al mundo, el caso de “El ruso que no volvió de Machu Picchu”. Sergio Vilela Galván, peruano, registra paso a paso el trabajo reporterial y la ejecución del perfil exacto de un hombre que por causas misteriosas fue carbonizado por un rayo. En la nota se encuentra detallada la razón de su suerte.

El tercer subconjunto que descubro es el de las crónicas de índole cultural. Sobresale “Buscando a Nicanor”, que recrea la entrevista al declarado antipoeta Nicanor Parrá. Leila Guerriero, argentina, organiza el perfil del hombre que “cambió la poesía para siempre”. Describe a Nicanor en su hogar mientras toma el té y cuenta desinhibido la ocasión en que cobró treinta mil dólares por treinta segundos de publicidad sólo “porque es *cool*”.

Por lo pronto, en la crónica “Tango” el interés está puesto en el renovado brío que comenzó a tener esta expresión artística, quintaesencia de Buenos Aires, a finales de 2003, y el surgimiento de las sesiones de tango después de un periodo de crisis. Describe la jornada de dos bailarines, Alicia Mont y Carlos Copello, al ofrecer clases de tango en la plaza de un centro comercial. Su autora, la mexicana Alma Guillermoprieto, nos brinda la imagen completa del incitante baile argentino con la calidad de unas cuantas líneas.

Tenemos la crónica que lleva por título “100 maneras de perder una carrera”. La curiosidad llevó a la mexicana Marcela Turatti a entrevistar a uno de los corredores más resistentes del mundo, el rarámuri Cirildo Chacarito, en las inmediaciones de la Sierra Tarahumara. Es un conmovedor relato sobre la osadía del indígena que destacó al ganar el ultramaratón californiano de ciento sesenta kilómetros en 1997.

Finalmente, la última obra que destaca corresponde al prolífico escritor mexicano Juan Villoro: “Las piedras no son de este mundo”. La voz quebrada de quien se sabe en medio del “umbral entre la vida y la muerte”. Experiencia como brigadista en la tragedia provocada por el temblor de 1985. Sentido crítico y certero del narrador magistral al pormenorizar, a través de la descripción y el símil, su testimonio: “[...] encontramos edificios que seguían en pie pero habían perdido las paredes, desde la calle era posible ver las cocinas, la ropa en los clósets y los muebles, como si se tratara de casas de muñecas”.

En fin, qué más decir del rigor de un oficio como el que ejecuta el cronista, obligado a demostrar la veracidad de los hechos a partir de la subjetividad de su prosa. La seducción de la narración es la que nos motiva y persuade para ejecutar los procesos de reflexión crítica de la realidad. Aquí la invitación a todo aquel que guste de leer el resto del libro, seguro quedará impactado. 📖

Esteban Contreras Vázquez (Teotihuacán, Estado de México, 1992). Es estudiante de la licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha publicado reseñas en la *Revista de la Universidad de México*.

